Jesús A. Núñez Villaverde

BOKO HARAM

El delirio del califato en África occidental

CATARATA
CASA ÁFRICA

Jesús A. Núñez Villaverde

BOKO HARAM

El delirio del califato en África occidental

CATARATA
CASA ÁFRICA

Jesús A. Núñez Villaverde

BOKO HARAM

El delirio del califato en África occidental

CATARATA
CASA ÁFRICA

Índice

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1. TODO TIENE UN PRINCIPIO

CAPÍTULO 2. NIGERIA: RETRATO DE UN CONTEXTO COMPLEJO

CAPÍTULO 3. BOKO HARAM ENTRA EN ESCENA

CAPÍTULO 4. UNA MIRADA ALREDEDOR DEL YIHADISMO VIOLENTO

CAPÍTULO 5. ESPIRAL DE VIOLENCIA SIN FRENO A LA VISTA

CAPÍTULO 6. Y EL GOBIERNO (Y SUS VECINOS) A LO SUYO

CAPÍTULO 7. VALORACIÓN DE LAS RESPUETAS

CAPÍTULO 8. VALORACIÓN DE LA AMENAZA

CAPÍTULO 9. ¿Y AHORA QUÉ?

BIBLIOGRAFÍA

MAPAS

NOTAS

Jesús A. Núñez Villaverde

Codirector del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH), Economista y militar en reserva, es especialista en seguridad, construcción de la paz y prevención de conflictos, con atención especial al mundo árabo-musulmán. Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Pontificia Comillas y miembro del International Institute for Strategic Studies. Es colaborador habitual en diversos medios de comunicación sobre asuntos internacionales.

Jesús A. Núñez Villaverde

Boko Haram

El delirio del califato en África occidental

CATARATA

CASA ÁFRICA

la edición de este libro ha sido patrocinada por

DiseñO de cubierta: Miguel Uriarte

© Jesús A. Núñez Villaverde, 2015

© casa África, 2015

© Los libros de la Catarata, 2015

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax. 91 532 43 34

www.catarata.org

Boko Haram.

El delirio del califato en África occidental

isbne: 978-84-1067-099-0

ISBN: 978-84-9097-030-0

DEPÓSITO LEGAL: M-15.494-2015

IBIC: JPWL/1HFDN

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Introducción

Son tantos los rumores que circulan en relación con Boko Haram y tan escasas las evidencias —con la inquietante salvedad de sus cada vez más frecuentes actos violentos— que no resulta en modo alguno sencillo analizar con cierta precisión sus orígenes, su evolución y hasta sus verdaderas intenciones. Puestos a la tarea, resulta más fácil caer en la tentación de novelar y fabular sobre los perfiles personales de sus dirigentes, su ideología y su estrategia, que pretender desbrozar el poco grano realmente contrastado sobre su andadura de la mucha paja que se ha ido generando tanto de manera inconsciente como interesada.

Así, tomando el camino que conduce directamente al chascarrillo se puede optar por pintar a su actual líder, Abubaker Shekau[1], como un iluminado anacrónico que sostiene que la tierra es plana, que Darwin no sabía de qué hablaba cuando formuló la teoría de la evolución y, ya puestos, que la lluvia no responde a la condensación del vapor de agua contenido en las nubes sino que es un regalo de Alá[2]. De ahí a considerarlo, junto a todos los miembros del grupo, como una caterva de locos que viven una ensoñación delirante no hay más que un paso. Un paso a todas luces equivocado porque, nos guste o no y más allá de los problemas de orden psicológico que puedan tener algunos de ellos, no hay más remedio que partir de la idea de que el yihadismo violento que ejercen responde a un planteamiento muy fundamentado a lo largo de décadas (aunque bien cabría hablar de siglos), racionalmente planificado y ejecutado y con sobrada voluntad para persistir en el empeño de imponerse por la fuerza a quienes no compartan su visión.

Otra cosa es que en su camino hayan ido incorporando a individuos que, por muy diferentes razones, se sienten identificados con sus métodos; contando con que no todos los que se suman a sus filas deben ser considerados correligionarios en términos ideológicos. Como nos enseñan muchos otros ejemplos de grupos yihadistas en

diferentes partes del amplio mundo árabo-musulmán, junto a los auténticamente convencidos de ser una especie de enviados divinos para restaurar un supuesto orden ideal perdido, hay que contar también con los que no están en sus cabales, los que desean vivir aventuras extremas, los que pretenden vengar una afrenta personal o comunitaria, los que no tienen nada que perder, los simples mercenarios, los ingenuos, los buscavidas, los que no tienen otra opción vital para poder comer tres veces al día, los engañados, los…

En lo que corresponde a Nigeria y desde la perspectiva de sus casi 180 millones de habitantes, la existencia y actividad de Boko Haram es solo una más (y no necesariamente la principal) de las fuentes de inquietud e inseguridad que definen su cotidiano vivir. Lo mismo cabe decir para sus vecinos más próximos, afectados por una inestabilidad general que se extiende a lo largo de todo el Sahel, derivada de la fragilidad estructural de unos Estados escasamente capacitados para satisfacer las necesidades básicas de sus ciudadanos y para garantizar su seguridad ante la deriva violenta que hoy se manifiesta por doquier.

Desde el exterior, sin embargo, Boko Haram aparece hoy (junto a Daesh[3]) como la encarnación más actualizada del mal, convertido a marchas forzadas en una amenaza que algunos se empeñan en presentar como existencial. Una percepción exagerada que, despreciando otras variables, solo ha tomado cuerpo a partir de los indicios de su vinculación con la red terrorista Al-Qaeda, primero, y, desde marzo de este año, con la decisión de su líder de declarar su lealtad (bay'a) a Daesh, reforzada con el cambio, a finales de abril, del nombre oficial del grupo por el de Estado Islámico de la Provincia de África Occidental. Antes de esos publicitados gestos, en buena medida vacíos de contenido operativo alguno, Boko Haram era apenas un asunto menor en la agenda internacional de seguridad. Ahora, sin embargo, si nos dejamos llevar por el alarmismo dominante, parecería que está en condiciones no solo de hacer colapsar a Nigeria sino también de cuestionar la seguridad del continente africano y más allá.

En función de esas diferentes percepciones no puede extrañar que también las respuestas implementadas hasta ahora para eliminar la amenaza que representa Boko Haram sean igualmente dispares.

Para los primeros, lo fundamental no es tanto la eliminación de lo que perciben como uno más de los grupos violentos activos en el país (lo que no significa que esto no cuente, en todo caso), como lograr que el Gobierno central (Abuya) atienda las generalizadas demandas socioeconómicas de una población crecientemente frustrada con un proceso democrático que hoy ha perdido su impulso, en un contexto sociopolítico crecientemente polarizado y sectario que deriva en una generalizada inestabilidad del país. Para los segundos, sin olvidar la defensa de los intereses geoeconómicos ligados a la explotación del petróleo nigeriano, la prioridad es la supresión de la amenaza de un grupo que ya ha mostrado sobradamente su voluntad de alcanzar sus objetivos por la fuerza bruta. En el contexto general de lo que algunos siguen empeñados en definir como una "guerra contra el terror", Boko Haram se ha convertido en un ejemplo destacado del yihadismo transnacional y solo cabe plantear su eliminación completa por vía militar.

En un intento por no perder el rumbo en un panorama tan complejo y crispado como lleno de nebulosas apenas perfiladas con precisión, las páginas que siguen pretenden aportar tanto información como una opinión personal sobre el proceso de conformación de este grupo yihadista —analizando sus antecedentes, características y evolución—, así como explicar sus objetivos y su estrategia para alcanzarlos. Igualmente, se trata de examinar las respuestas que tanto los nigerianos como el resto de los actores externos implicados en el tema han desarrollado hasta hoy, con idea de valorar su idoneidad para poner fin a la amenaza que Boko Haram representa para todos ellos.

En último término, y adelantando la idea central del texto, se trata de comprender que, aunque la amenaza de Boko Haram es bien real, está sobredimensionada como resultado de una lectura securitaria que pretende convencernos de que el terrorismo yihadista es la principal de las amenazas que nos afectan y de que solo los instrumentos militares pueden anularlo. A pesar de su creciente envite violento, Boko Haram no tiene (ni es imaginable que llegue a tener) capacidad real para poder provocar el colapso de Nigeria como Estado, ni para hacer lo propio con ninguno de los países vecinos. Puede, eso sí, seguir matando y haciendo sufrir a quienes habitan los territorios en los que vienen actuando

últimamente. También, a buen seguro, seguirá provocando fuertes dolores de cabeza a quienes tienen la tarea de reducir o eliminar su letalidad. Pero bajo ningún supuesto realista cabe considerar que nos enfrentamos a una amenaza inmanejable, que exceda las capacidades de quienes tanto en Nigeria como en la región y en el resto del mundo deban hacerle frente.

En última instancia, el hilo conductor del texto es la idea de que Boko Haram no es más que la expresión belicista de una realidad sociopolítica y económica enquistada desde hace décadas, que tiene muchas otras manifestaciones y a la que, por tanto, no será posible poner fin mientras no se atiendan las causas estructurales que le sirven de caldo de cultivo. Por definición, un esfuerzo de esa naturaleza implica necesariamente activar conjuntamente instrumentos sociales, políticos, económicos y, obviamente, militares y policiales (entendiendo que estos últimos no pueden ser ni los únicos ni los principales, más que en momentos puntuales de todo el proceso). Como corolario inmediato de lo anterior solo queda por decir que una tarea de esas dimensiones impone necesariamente una reforma en profundidad del aparato estatal nigeriano y una implicación sostenida en el tiempo de la comunidad internacional.

Capítulo 1

Todo tiene un principio

Boko Haram es cualquier cosa menos un recién llegado. Aunque su irrupción mediática en la prensa occidental no se produjo, en el mejor de los casos, hasta 2009, es posible rastrear sus huellas hasta 2002 y aún más atrás. Empezando por el principio, interesa repasar al menos someramente los antecedentes de este grupo, considerando que los movimientos de perfil islamista han estado presentes en Nigeria desde antes de su independencia en 1960.

Lejos de nacer en el vacío, ya a principios del siglo XIX se registraron llamamientos a la yihad por parte de grupos de musulmanes fulanis —como Qadiriyya y Tijaniyya—, y se llegó a establecer de hecho el conocido como califato de Sokoto[4], en el noroeste de lo que mucho más tarde acabaría siendo la Nigeria actual. En esa misma órbita hay que mencionar al movimiento Mahdiyya, muy activo ya a finales del siglo XIX en lo que hoy constituye el estado de Kano, como uno de los más activos críticos contra la colonización británica (1914-1960) de unos territorios que Londres decidió unir sin consideración alguna con sus diferencias históricas y la voluntad de los pueblos que los habitaban. Más recientemente, ya a finales de la década de los setenta del pasado siglo, el movimiento Maitatsine, fundado por Mohamed Marwa (alias Maitatsine, eliminado en 1980 en la ciudad norteña de Kano), fue tomando cuerpo en los territorios del norte de Nigeria, con un perfil abiertamente antioccidental y siguiendo cada vez de manera más clara la inspiración de la revolución iraní comandada por el ayatolá Ruhollah Jomeini (1979). Aun así, sus adeptos tomaron la decisión de renunciar a las riquezas materiales y optaron por vivir separados del resto de las comunidades musulmanas (que consideraban desviadas) y por oponerse violentamente a las autoridades. Aunque el Gobierno creyó haberlos eliminado ya en los primeros años ochenta, en 2005 volvieron a hacerse bien visibles en Kano y Jigawa, hasta el punto de que hoy puede darse por hecho que tienen presencia en prácticamente todos los estados del norte.

Ese considerable sustrato islamista radical —basado en un sistema

educativo que daba preferencia a la enseñanza del islam y en la presencia de poderosas familias que conformaban la elite local, interesadas en la promoción de su religión— desembocó en el periodo 1999-2001 en la imposición de la sharía (ley islámica) en doce estados del norte de Nigeria, tras la victoria en las elecciones presidenciales celebradas ese mismo año de Olusegun Obasanjo (militar cristiano de etnia yoruba, originario del suroeste). A eso se sumó, ya en el arranque del presente siglo, la revitalización de grupos como Tijaniyya y Qadiriyya, vinculados entonces con movimientos sufíes de los países vecinos; Izala[5], adscritos al wahabismo saudí desde su creación en 1978 y con extensiones hasta el vecino Níger, centrados especialmente en labores asistenciales; Salafiyya, fundado por el jeque Adam Albani en su feudo de Zaria (estado de Kaduna), que fue eliminado por Boko Haram en febrero de 2014 por sus reiteradas críticas a las ideas del grupo desde su arranque; y el Movimiento Islámico de Nigeria, asociado en principio a los Hermanos Musulmanes pero escindido posteriormente para constituirse como una entidad chií, con una estructura que toma como ejemplo a la del Hezbollah libanés (con ramas sociales, políticas y militares)[6].

Mención aparte merece el movimiento Muhajirun, cuna de la que emergerá posteriormente Boko Haram. En una primera etapa, desde el inicio de sus actividades en 1995, eran vistos como un grupo pacífico, retirado en Maiduguri (estado de Borno), dedicado a perfilar su proyecto de un Estado islámico a semejanza del modelo de los talibán afganos. Posteriormente, dieron el paso irreversible a la lucha armada, ya con la denominación de Ahlus Sunnah wal Jama'ah, desencadenando una sucesión de ataques violentos en localidades como Kanamma, Geidan y Damaturu (capital del estado de Yobe).

Es en ese entramado de movimientos inspirados en diverso grado por el islam político y en medio de un panorama sociopolítico y económico de discriminación e insatisfacción generalizadas (que se analiza en el siguiente capítulo), en el que aparece Ustaz Mohamed Yusuf, líder fundador de Boko Haram. Las primeras referencias a Yusuf —musulmán nacido en 1970 en Girgir (estado de Yobe), de padre nigerino emigrado a Nigeria y que había recibido educación coránica de manos de malamai (maestros religiosos) en Damaturu,

Maiduguri y Kaduna— lo sitúan, ya como un reconocido predicador salafista, al frente de Shababul Islam, la rama juvenil del movimiento Ahlus Sunnah wal Jama'ah, liderado por el jeque Jafar Mahmud Adam[7]. Jafar apostaba por la promoción del islam en el aparato estatal, con la intención última de transformar al Estado en una entidad islámica. Sin embargo, pronto quedó claro que la opción de Yusuf iba más allá, como lo demuestra el hecho de que rechazara incluso la imposición de la sharía en 1999 en los estados del norte, por su aversión al islam oficial controlado por actores que repudiaba por su tibieza y aceptación del statu quo imperante.

Su acelerada radicalización le llevó a abandonar a su mentor (asesinado en abril de 2007 en la mezquita de Jumaat (en Dorayi, estado de Kano), del mismo modo que fueron eliminados otros dirigentes islamistas críticos con Boko Haram), y a constituir en 2003 un grupo que puso en marcha una escuela islámica y una mezquita (conocida como Masjid Ibn Taymiyyah) en Maiduguri. Allí reunió y adoctrinó a sus primeros fieles, principalmente de la etnia kanuri, por ser esta la mayoritaria en Borno, con la intención de poner en marcha una labor de "apostolado" (da'wa) que reclamaba la vuelta a una visión más estricta de la creencia islámica, pervertida a su parecer por un islam oficial vendido a los intereses de Abuya.

Capítulo 2

Nigeria: retrato de un contexto complejo

Dejemos por un momento a Yusuf poniendo en marcha su radical proyecto personal para poder hacernos una idea del contexto social, político y económico que caracteriza a Nigeria.

Con una superficie que prácticamente dobla a la de España (924.000 km^2) y casi 180 millones de habitantes (con más de la mitad por debajo de los 18 años y con una previsión de llegar a los 390 en 2050), la República Federal de Nigeria no alcanzó la independencia hasta 1960 y aún tuvo que esperar hasta 1999 para desembarazarse de sucesivos regímenes dictatoriales y golpes de Estado. Actualmente se estructura en 36 estados y el distrito federal de Abuya. Es un país de fuertes contrastes, como lo demuestra el hecho de que hoy sea ya la primera economía del continente, desbancando a Sudáfrica, y la primera potencia cinematográfica de África[8] y, al mismo tiempo, figure en el puesto 152 a nivel mundial en el índice de desarrollo humano (IDH). Además, su propia diversidad étnica —con más de 250 grupos y más de 500 idiomas (aunque solo el inglés es lengua oficial)— y religiosa —con la mitad de la población de confesión musulmana (suní), un 48 por ciento cristiana (con una ligera ventaja de los protestantes sobre los católicos) y el resto animista[9]— configura un panorama social difícilmente gestionable.

Geográficamente el país se estructura en unos territorios del norte —esencialmente agrícolas, pero sometidos a un proceso de desertificación ya muy visible—, un cinturón central —en el que está ubicada la capital (Abuya, con algo más de un millón de habitantes) y donde confluyen los ríos Níger y Benue— y una región sur que concentra la riqueza petrolífera (en el delta del Níger) y la actividad industrial (alrededor de Lagos, capital económica con más de ocho millones de habitantes). Esos territorios del norte ya fueron calificados por los colonizadores británicos como un potencial foco de esplendoroso futuro, si se desarrollaban las necesarias infraestructuras y se rentabilizaban adecuadamente sus notables recursos humanos y físicos. Una formulación hipotética que, como

es bien obvio en nuestros días, nunca se materializó en la práctica.

En clave social, a grandes rasgos, es inmediato constatar que la mayoría de la población musulmana se concentra en los estados del norte (sin olvidar que también alberga minorías cristianas), en los que la etnia dominante es la hausa-fulani, aunque en el estado de Borno (en el que surgió Boko Haram) son los kanuris quienes predominan. Sirva como ejemplo de su deplorable situación que todavía en noviembre de 2011 el servicio de noticias IRIN[10] señalaba que el 88 por ciento de las mujeres de la región eran analfabetas y solo el dos por ciento de los niños menores de dos años estaban adecuadamente vacunados.

El país que hoy conocemos es, en su origen, el resultado de la decisión de Londres de obligar a vivir juntos a colectivos que no solo no tenían ningún sentido de pertenencia a una misma comunidad sino que, en buena medida, mantenían malas relaciones vecinales, con episódicos estallidos violentos. Como también hemos visto en Sudán, Irak y tantos otros territorios árabes y africanos colonizados por los británicos, ese tipo de decisiones (con el añadido de optar por uno de los grupos locales como socio preferente y actor instrumental en la gestión del territorio en cuestión, marginando al resto) es en sí mismo un germen belígeno de primer orden.

En esta ocasión los británicos optaron por gestionar directamente la mitad sur del país y controlar indirectamente el norte, a través de acuerdos informales con las familias que tradicionalmente habían ostentado el poder en esas tierras. De ahí deriva un generalizado malestar por parte de la población local con unas elites que eran percibidas como meras correas de transmisión del poder colonial, maestras en el clientelismo y en la usurpación de las riquezas locales. Lejos de ser este un efecto indeseado, tanto en Nigeria como en otros territorios colonizados este método de control territorial respondía a la aplicación del eterno principio de “divide y vencerás”, fragmentando comunidades históricas y obligando a convivir en un mismo Estado a quienes no tenían ningún deseo de hacerlo, con el objetivo explícito de debilitar estructuralmente a esos nuevos países y convertirlos, por tanto, en escenarios de inestabilidad permanente sometidos en última instancia al dictado

de las antiguas metrópolis.

Nigeria no ha escapado a este destino, aunque también hay que añadir que, junto a la responsabilidad británica, buena parte de sus actuales carencias son el resultado de la nefasta gestión de sus gobernantes en estas últimas décadas. En concreto, la huella dejada por los británicos posibilitó que las elites tradicionales del norte pudieran acaparar en su propio beneficio las riquezas locales, sin consideración a las necesidades de la población de esos estados, convertidas además en impulsoras de un islam que no respondía a las creencias habituales en la zona. Otro de los rasgos que definen a esos territorios desde su independencia es el desequilibrado protagonismo que los hausas han tenido históricamente en las fuerzas armadas, no solo acaparando las altas esferas de la jerarquía militar, sino también convertidos en recurrentes golpistas más interesados en ocupar la presidencia, hasta 1999, que en atender a las demandas de una población empobrecida.

Es bien cierto que, aun así, la profunda transformación de su economía, de un perfil netamente agrícola a otro altamente dependiente del petróleo, ha dado como resultado una notable mejora de los datos macroeconómicos (con crecimientos anuales por encima del seis por ciento desde principios del presente siglo). Sin embargo, no lo es menos que el conjunto de la población nigeriana, todavía rural en su inmensa mayoría, no se ha visto favorecida por ese salto exponencial de la economía y de ahí que todavía hoy más del 60 por ciento de ellos vivan por debajo de la línea de pobreza.

En esos mismos términos económicos, y en conexión directa con lo que se analiza en estas páginas, han sido los estados del norte los menos favorecidos por la bonanza económica de un petróleo (localizado preferentemente en el sureste del país, en el delta del Níger) que ha sido un factor de discriminación y violencia prácticamente constante desde su descubrimiento por parte de la empresa anglo-holandesa Shell en 1956. Esos estados, tradicionalmente agrícolas y menos poblados que los del resto del país, registran unos niveles de desarrollo económico más bajos que la media nacional lo que, unido a la progresiva marginación deliberada por parte del Gobierno central, ha llevado a un creciente

desencuentro que en no pocas ocasiones ha desembocado en episodios de violencia contra Abuya.

En el terreno político, la superación de la etapa dictatorial solo fue posible mediante el conocido como zoning agreement, que estipula un sistema rotatorio del poder central, intentando implicar a todos los grupos y territorios representativos. Se intentaba así, por un lado, cerrar definitivamente la brecha abierta por la guerra civil de 1967-1970 —cuando los igbos pretendieron tomar su propio camino independiente del resto de Nigeria (con la proclamación de la República de Biafra)— y, por otro, impedir que los minoritarios ijaws pudieran imponer su criterio a nivel nacional gracias a su inmensa riqueza petrolífera.

En esencia, lo que se acordó hace ahora casi veinte años fue establecer seis regiones —Noroeste, Norte Central, Noreste, Sureste, Sur-Sur y Suroeste—, de tal forma que en cada rotación (con un máximo de dos legislaturas de cuatro años cada una) iría pasando por la jefatura del Estado federal un representante de cada una de ellas. Se trataba de evitar así la monopolización del poder por parte de una etnia o de una región, garantizando la entrada a todos los actores representativos en un equilibrio que debía interesar tanto a los originarios del norte como del sur, a los musulmanes y a los cristianos y tanto a los hausas-fulanis (29 por ciento de la población, concentrados sobre todo en los estados del norte) como a los yorubas (21 por ciento, sobre todo en el suroeste), igbos (18 por ciento, en el sureste), ijaws (10 por ciento, en el delta del Níger), kanuris (cuatro por ciento, en Borno) y al resto de las múltiples comunidades nigerianas.

Con sus inevitables vaivenes, el acuerdo permitió garantizar una cierta estabilidad, bajo el monopolio partidista del People's Democratic Party (Partido Popular Democrático), al menos hasta 2010. Visto retrospectivamente fue entonces —con ocasión de la muerte del entonces presidente, Umaru Musa Yar'Adua (en uso del turno que correspondía a la región Noroeste)— cuando se quebró el consenso. Su vicepresidente, Goodluck Jonathan pasó a ocupar su puesto, en lo que algunos entendieron ya entonces como un quebrantamiento de las reglas de juego, dado que su posición no suponía ninguna garantía para suceder a Yar'Adua. Quienes así

pensaban demandaban la celebración de nuevas elecciones para entregar la jefatura del Estado a un representante de la región Sureste (de mayoría igbo), y no a Goodluck Jonathan (ijaw de la región Sur-Sur y cristiano), mientras que la vicepresidencia recaería en un representante de la región Norte Central. En todo caso, lo cierto es que Goodluck Jonathan no solo se asentó en el despacho presidencial sino que también se presentó (y ganó) las elecciones del 17 de abril de 2011, elevando la tensión política a niveles alarmantes. Buena muestra de ello fue la violencia postelectoral que terminó provocando más de mil muertes.

Para mayor abundamiento sobre los indicios de su indisimulable ansia de poder, Goodluck Jonathan se atrevió a presentarse nuevamente a las elecciones celebradas el pasado 28 de marzo, argumentando que podía hacerlo dado que su primera etapa como presidente (2010-2011) no debía contabilizarse y que, por tanto, todavía le restaba una oportunidad para cumplir con el máximo de ocho años establecido en su día. Las tensiones que este comportamiento han generado en el seno del partido del poder ya se hicieron públicas en septiembre de 2013, cuando Atiku Abubakar (exvicepresidente, musulmán de etnia hausa-fulani), decidió romper la disciplina del partido y creó el Nuevo Partido Popular Democrático.

Del mismo modo, y ya en febrero de ese mismo año, el bando opositor terminó por agruparse en torno al All Progressives Congress (Congreso de Todos los Progresistas), que integra a los cuatro principales partidos de la oposición: All Progressives Grand Alliance (Gran Alianza de Todos los Progresistas), All Nigeria Peoples Party (Partido del Pueblo de Toda Nigeria), Action Congress of Nigeria (Congreso de Acción de Nigeria) y Congress for Progressive Change (Congreso para el Cambio Progresista). Esta plataforma política —que aceptaba, al menos en el momento de su constitución, que la presidencia debía corresponder a la región Sureste— ha tratado de incorporar no solo a prominentes actores norteños de la etnia hausa-fulani, con Muhammadu Buhari como líder destacado (musulmán originario de Daura, estado de Katsina, que fue presidente en el periodo 1983-1985 como resultado de un golpe de Estado que encabezó al frente de sus tropas y ha sido tres veces candidato presidencial desde 2003), sino también a figuras

del suroeste y hasta a gobernadores (como Chibuike Rotimi Amaechi, de discutido origen yoruba, exmiembro destacado del Partido Popular Democrático hasta 2013 y gobernador del rico estado de Rivers, del que es natural) y diputados disidentes del partido gubernamental, descontentos con la deriva autoritaria y personalista de Goodluck Jonathan. Dejamos para más adelante el análisis de los resultados de las recientes elecciones, en el capítulo que analiza las perspectivas de futuro de Nigeria.

La violencia del delta del Níger como precedente

El descubrimiento del petróleo en 1956 supuso un cambio drástico en la historia de Nigeria, más allá del ámbito económico. Lo que en un principio pudo interpretarse como una buena noticia, pronto mostró su cara menos amable tanto en términos medioambientales como sociopolíticos, como un ejemplo más de lo que ha acabado conociéndose como "la maldición de los recursos". Por una parte, produjo un giro hacia una economía extremadamente dependiente de los ingresos petrolíferos (hasta un 70 por ciento de los ingresos estatales), con el simultáneo abandono de la agricultura y la producción de caucho. Eso significó directamente un realineamiento en los círculos de poder que, por ejemplo, otorgó un protagonismo desmedido a la minoría ijwa en el escenario político por el simple hecho de ser en su territorio del delta del Níger donde se concentraba la mayor parte de esa nueva fuente de riqueza.

Por otra parte, incrementó las brechas de desigualdad entre el norte y el sur del país y, como derivada directa, la fractura social por parte de una población que se sentía discriminada y desatendida en sus necesidades más básicas. Simultáneamente, se generó una actividad paralela, conocida coloquialmente como bunkering, consistente en el robo descontrolado de petróleo, perforando directamente las tuberías de los oleoductos, y en la construcción de centenares de precarias refinerías informales, aumentando exponencialmente el impacto medioambiental en amplias zonas y detrayendo

recursos de las arcas de un Estado cada vez más clientelar y corrupto.

El evidente descuido de las empresas productoras y del Gobierno para paliar los efectos perniciosos de una explotación escasamente sensible a la conservación del entorno, el desigual reparto de la riqueza y la codicia de quienes pugnaban por acaparar los beneficios acabaron activando una dinámica violenta que todavía hoy se hace sentir en la región. Visto en retrospectiva fue el asesinato, en noviembre de 1995, de Ken Saro-Wiwa, activista destacado del Movement for the Survival of the Ogoni People (Movimiento para la Supervivencia del Pueblo Ogoni), por orden del Gobierno del general Sani Abacha, lo que actuó como espoleta de un proceso violento ya imparable a partir de entonces.

En 1998 se formó el Consejo de la Juventud Ijaw, con el objetivo de proteger los derechos de la minoría ijaw. Su reclamación de pertenencia de todos los recursos y territorios del delta (Declaración de Kaiama), acompañada de la exigencia de que tanto las empresas petrolíferas como las fuerzas armadas y de seguridad estatales abandonaran la región, se tradujo muy pronto en la emergencia de numerosos grupos armados, deseosos de acelerar el proceso. Entre ellos sobresalió muy pronto el Movement for the Emancipation of the Niger Delta (Movimiento para la Emancipación del Delta del Níger, MEND) —creado a partir de la fusión de las milicias del Niger Delta People's Volunteer Force (Fuerza Voluntaria Popular del Delta del Níger, NDPVF) y del Niger Delta Vigilante (Vigilantes del Delta del Níger, NDV), así como de grupos del crimen organizado—, que llegó a contar con no menos de 6.000 combatientes en su momento de mayor esplendor. No es ajeno a este creciente protagonismo del MEND el interesado uso que potentes actores políticos locales pretendieron hacer de su perfil violento para lograr ciertos beneficios personales en su tradicional lucha de poder con Abuya.

En su haber se contabilizó un notable aumento de los actos de violencia en el periodo 2002-2009, incluyendo la piratería, el secuestro de buques y personas y los ataques directos a los

oleoductos y a los pozos petrolíferos, lo que le reportaba considerables recursos económicos para adquirir armas, pagar a sus miembros y corromper a funcionarios civiles y militares. Por esa vía, siguiendo la tradición de practicar el bunkering y la piratería que tantos otros habían realizado anteriormente, lograron colocar el tema del delta como prioridad destacada en la agenda nacional, más recursos económicos destinados a la región y hasta promover a Goodluck Jonathan como vicepresidente del país en 2007 (hasta ese momento era gobernador del estado de Bayelsa). Solo en 2008 se registraron alrededor de 1.000 muertes violentas, 300 secuestros y unas pérdidas estimadas en 23.700 millones de dólares por sabotaje y robos en la infraestructura petrolera.

En todo caso, no fue hasta 2009 cuando se consiguió reducir su amenaza, tras la decisión del presidente Umaru Musa Yar'Adua de decretar una amnistía general (y una generosa entrega de dinero) a los 26.000 jóvenes combatientes que se beneficiaron de ella entre agosto y octubre, a cambio del desarme total del grupo. Como resultado de esa amnistía, su líder Henry Koah, que había sido arrestado en Angola en 2007, fue nuevamente liberado y retornó a Suráfrica, donde fue finalmente arrestado en octubre de 2010 y sentenciado a 24 años de cárcel, en marzo de 2013, como responsable de al menos 13 atentados realizados en 2010, durante las celebraciones del día de la independencia de Nigeria.

Aun así, esas medidas no supusieron la desaparición del MEND, sino su transformación aún más nítida en mera criminalidad organizada, con algunas milicias de menor entidad ligadas a políticos locales que las usan como baza de negociación con el Gobierno a diferentes niveles. Tampoco ha desaparecido la práctica del bunkering a pesar de operaciones como la denominada Pulo Shield, desarrollada entre enero y junio de 2013, con 594 patrullas que destruyeron 748 refinerías ilegales y detuvieron a 608 personas.

Aunque la llegada al poder de Goodluck Jonathan en 2010 permitió una notable mejora de la situación de seguridad en la región (en su condición de ijaw originario de la zona y con

conocidos vínculos con el MEND), todavía en enero de 2014 el grupo amenazó con atacar instalaciones petrolíferas en el sur del país. No es ajeno a este anuncio el temor del MEND a verse arrinconado en la agenda de Abuya, a la hora de repartir prebendas y atender a reclamaciones grupales, por el creciente auge que Boko Haram estaba registrando ya a esas alturas. Finalmente, el 29 de mayo de 2014 el propio Goodluck Jonathan, en clave electoralista, decretó una amnistía general que favorecía a "todos los grupos armados que quieran y estén listos para renunciar a la violencia y buscar la senda del dialogo y la reconciliación", que fue respondida al día siguiente con el anuncio por parte del MEND de un alto el fuego.

Boko Haram, al igual que otros grupos armados, ha sabido sacar provechosas lecciones de esa experiencia.

Capítulo 3

Boko Haram entra en escena

A partir del punto donde habíamos dejado a Yusuf, los inicialmente conocidos como Yusufiyya (por su identificación con su líder) y también como "talibán nigerianos" muy pronto comenzaron a hacerse notar en el convulso escenario de Borno y en el resto de los territorios del norte. Desde el principio de su trayectoria sus posiciones resultaban meridianas:

Rechazo frontal del laicismo, pero también del cristianismo (identificado en buena medida como parte del proceso de imposición por parte del Gobierno central de ideas ajenas a la región) y hasta del islam oficial (por su connivencia con el poder y su resistencia a emplear la lucha armada como instrumento de cambio).

Pretensión de instaurar la sharía en su versión más rigorista en todo el país, erradicando para ello cualquier huella occidental de la vida pública y, especialmente, del sistema educativo.

Empleo simultáneo de la da'wa ("apostolado") para atraer a la población a su campo y de la yihad (en su acepción de "guerra santa")[11] contra quienes se opusieran, como instrumentos preferentes de su estrategia.

Todo eso se volcó, en resumen, en su largo nombre: Jama'atu Ahlus Sunnah Lid Da'awati wal Jihad (Asociación de Gentes Comprometidas con la Propagación de la Enseñanza del Profeta y la Yihad), —cambiado a final de 2015 por el de Al-Dawla al-Islamiyya fi Wilayat as-Sudan al-Garbi (Estado Islámico de la Provincia de África Occidental, o, literalmente, del Sudán Occidental, retomando la antigua denominación árabe de la zona)—. Sus adeptos comparten un credo anti boko de amplia difusión en la zona. Esa

expresión hace referencia tanto al rechazo de la secularización y de los valores occidentales, como a la idea de fraude y superchería que incorpora la palabra boko en el idioma hausa[12]. De ahí deriva la expresión abreviada para identificar al grupo como Boko Haram[13].

Aunque nunca ha dado a conocer un manifiesto o un programa doctrinal detallado, se entiende que se fundamenta en una ideología salafista[14] wahabí[15], contraria a toda secularización, por entender que promueve la idolatría y destruye los verdaderos pilares del islam. En esa línea, tanto el Estado de Nigeria —sea cual sea el gobernante que esté al frente— como el entramado local del islam oficial —representado por el sultán de Sokoto y por el shehu de Borno— son percibidos en sí mismos como referencias corruptas e ineficientes que hay que eliminar de raíz.

El grupo es, desde el principio, una asociación con un carácter notablemente descentralizado, aun a pesar del intento de Yusuf por centralizar en su persona toda la autoridad. Así, fue incorporando personas de diferentes perfiles sociales y étnicos que compartían una idea común de rechazo a la situación que vivían como resultado combinado de:

El generalizado sentimiento de injusticia entre la población musulmana (de Maiduguri en su origen, pero también de otras localidades y estados del norte), que percibe una significativa discriminación por parte del Gobierno central, más sensible a las demandas de la población de los estados petrolíferos del sur.

La crítica contra las elites extractivas de la región, constituida incluso por familias musulmanas que habían logrado monopolizar las referencias religiosas en su beneficio personal.

El generalizado descontento juvenil ante la falta de perspectivas vitales en un entorno socioeconómico deprimido (se estima que un 75 por ciento de la población de los estados del norte vive por debajo de la línea de pobreza, mientras que ese porcentaje baja al 27 por ciento en los estados del sur) y

con un clima político de creciente clientelismo paternalista.

El proceso de fuerte desertificación de los territorios del norte, que se suma a un progresivo deterioro de la producción agrícola, base fundamental de la actividad económica de la región, y a una prolongada desinversión en posibles alternativas.

La violencia intracomunal, especialmente presente en el llamado cinturón central (donde interactúan las comunidades del norte musulmán con las cristianas del sur, con el estado de Plateau como escenario más destacado en términos de violencia), que dibuja un panorama de inestabilidad estructural en el que el recurso a métodos radicales y violentos es, con demasiada frecuencia, la primera opción a considerar.

El interés de ciertos actores políticos locales por contar con algunos instrumentos de presión armada sobre Abuya en sus reclamaciones de mayor protagonismo y poder.

El resquemor producido por la violencia gubernamental desatada tras las elecciones de abril de 2011, con más de 1.000 civiles muertos.

La eficaz instrumentalización del generalizado sentimiento de venganza tras cada una de las operaciones de castigo que las fuerzas armadas y policiales han llevado a cabo en los estados del norte.

La nefasta gestión del gobernador del estado de Borno, Ali Modu Sheriff[16], en el periodo 2003-2011, a la que se añade una ostensible violencia política contra cualquier tipo de oposición.

A partir de ahí, Boko Haram ha sabido consolidar una base social receptiva a sus postulados ideológicos, fundamentados mucho más en factores religiosos (musulmanes) que étnicos (aunque la mayoría de la población de Borno y Yobe es kanuri, también ha logrado

sumar adeptos en el resto de los estados del norte, todos ellos de mayoría hausa-fulani). Del mismo modo, se ha dotado desde su arranque de un triple perfil —social, político y yihadista— en el que se sienten representados muchos habitantes de la zona. En realidad, estamos ante un grupo insurgente, que con cierta frecuencia recurre a métodos terroristas, pero que añade también a su estrategia un componente asistencial —centrado en cubrir necesidades de los más desfavorecidos entre sus simpatizantes musulmanes— y político —promoviendo alternativas a la generalizada corrupción e ineficiencia de las autoridades tanto centrales como de los distintos estados de la región—.

En cuanto al perfil social de sus componentes y simpatizantes, Boko Haram ha logrado atraer no solo a desclasados, sino también a personas de clase media, jóvenes marginados por un sistema clientelista del que se sienten discriminados, actores políticos y económicos relevantes y hasta inmigrantes y niños de la calle (los conocidos como almajiri[17]). Esto rompe igualmente la estereotipada imagen que prefiere presentar a Boko Haram como una organización terrorista que solo cuenta con analfabetos en sus filas.

Con ese considerable bagaje de partida Boko Haram, aprovechando en buena medida coyunturas favorables a sus intereses, ha desarrollado una estrategia que cabe estructurar en tres fases.

De la ‘da’wa’ a la yihad

No es sencillo determinar con exactitud el punto de arranque de la actividad yihadista de Boko Haram, aunque sí es posible seguir el rastro de su presencia en el terreno religioso desde 1995. Ya en 2002, con Yusuf al frente, el grupo originario —conformado principalmente por estudiantes de la universidad de Maiduguri, autodenominados como los Muhajirun[18]— era conocido por su labor de propagación de una rigorista visión del islam a través de su da’wa, no solo en el estado de Borno sino también en el resto de los territorios del norte. Tras la constitución en ese mismo año de una base de operaciones denominada Afganistán en Kanamma (cerca de

la frontera con Níger), pronto comenzaron a ser señalados como los responsables de ataques a bancos y comisarias, en busca de fondos y armas con los que llevar a cabo acciones cada vez más violentas. La actividad del grupo terminó por provocar una respuesta gubernamental que desmanteló por la fuerza la primera base del grupo en Kanamma.

Aunque se registró una puntual reaparición en septiembre de 2004, con reiterados ataques a instalaciones gubernamentales, una nueva operación de castigo policial logró prácticamente eliminarlo de la escena.

Fue en esta etapa cuando asentaron firmemente su ideología antioccidental, por considerar que los valores islámicos son superiores a cualquier otro y que la contaminación de referencias occidentales únicamente ha supuesto atraso y subordinación de las poblaciones musulmanas de la región a intereses y actores foráneos. Eso se tradujo en su intención de eliminar la presencia del Estado en la región y de imponer la sharía como regla común para todos sus habitantes. No deja de ser paradójico que en su rechazo a toda referencia occidental no incluyeran el uso cotidiano de armas y tecnología occidental en sus acciones de proselitismo y de violencia, o que el propio Yusuf hiciera uso ostentoso de su vehículo Mercedes Benz, en abierta contradicción con su programático ascetismo y pureza. Por otra parte, durante esos primeros años también se registró una serie de asesinatos de líderes islamistas que, a ojos de Yusuf, no eran suficientemente fiables y radicales en la defensa del islam que él promovía.

Irrupción violenta de 2009

El levantamiento armado de Boko Haram, en julio de 2009, supuso un salto cualitativo en la historia del grupo. En un contexto sociopolítico de alta tensión, derivado del hecho de que Yusuf entendía que el aparato estatal le impedía seguir adelante con su da'wa, el 16 de junio de ese año un grupo de 17 jóvenes miembros de Boko Haram fueron asesinados por la policía en Bauchi. Los

jóvenes iban motorizados y rehusaron obedecer las indicaciones de la policía para que se pusieran los preceptivos cascos, argumentando que no estaban dispuestos a quitarse sus turbantes para poder cumplir con la norma de tráfico. Ese brutal comportamiento policial fue el desencadenante de un incendiario sermón del propio Yusuf al día siguiente, llamando a sus simpatizantes a la guerra contra el Estado.

En los días siguientes la operación insurgente, con más de 700 víctimas mortales, se extendió más allá de Bauchi, afectando asimismo a los estados de Borno, Kano, Katsina y Yobe. En consecuencia, el Gobierno central desencadenó una nueva operación de castigo ejecutada conjuntamente por el ejército y la policía que, entre el 27 de julio y el 1 de agosto, se tradujo en la destrucción de mezquitas y centros de reunión adscritos a Boko Haram y en la muerte de más de 1.000 de sus miembros y simpatizantes, solo en Borno. Por su parte, Boko Haram mató a 24 policías y dos soldados y también atacó objetivos cristianos[19], destruyendo un total de 23 iglesias en Maiduguri.

En mitad de esa oleada de violencia, el propio Yusuf encontró la muerte el 30 de julio de 2009. Detenido inicialmente por los militares y entregado a continuación a la policía, desnudo y atado fue linchado sin miramiento alguno ante las cámaras de Al-Jazeera. La difusión de esas imágenes, añadidas a todas las escenas de violencia protagonizadas por las fuerzas gubernamentales, alimentaron un generalizado sentimiento de venganza entre buena parte de la población, que Boko Haram supo rentabilizar en la siguiente etapa de su recorrido histórico.

Cambio de liderazgo y huida hacia adelante

Ni la matanza generalizada ni la violenta muerte de Yusuf supusieron en ningún caso el fin de Boko Haram. Por el contrario, el nombramiento de Abubaker Shekau (hasta entonces segundo en la jerarquía del grupo) como nuevo líder conllevó un brutal giro en la marcha del grupo. De manera inmediata la organización quiso

mostrar su permanente voluntad de lucha y ya en diciembre de 2009 atacó una mezquita y una comisaria en Bauchi, causando no menos de 55 víctimas mortales. En todo caso, la inmediata represión ordenada por el gobernador del estado pareció en primera instancia frenar su activismo…, pero solo para rebrotar aún con más fuerza a partir del siguiente año.

De hecho, fue en 2011 cuando el grupo pareció recobrar plenamente su rumbo violento, con acciones tan sobresalientes como el ataque a las instalaciones de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en Abuya (agosto), ataques mortales en diferentes localidades de Yobe y Borno, la explosión de un hotel en Maiduguri, el asesinato de un candidato a gobernador en Borno y la explosión del cuartel general de la policía federal en la misma capital. En definitiva, dos años después de haber sido dado por casi eliminado, Boko Haram mostraba llamativamente su voluntad de incrementar su apuesta califal.

En primer lugar, cabe decir que Shekau, al que en varias ocasiones se ha dado por muerto, es un líder mucho más radical (si cabe) que su antecesor. Así lo ha demostrado tanto en clave interna —eliminando a otros dirigentes que pudieran cuestionar sus métodos—, como al ordenar acciones que en estos últimos tiempos rivalizan en brutalidad con las efectuadas por Daesh. Con apenas un nivel educativo básico y expresándose habitualmente en kanuri (aunque también maneja el hausa), fue él quien decidió el nombre actual del grupo y quien tomó a Al-Qaeda como referencia principal en su dinámica yihadista, incluyendo su intención de lograr una repercusión mediática que fuera más allá de los estados en los que Boko Haram concentraba hasta entonces su actividad. Igualmente, bajo su mando el grupo ha ampliado su radio de acción, llevando a cabo actos violentos tanto en Níger como en Camerún y Chad.

En esta nueva etapa Boko Haram ha sufrido también una transformación interna, mucho más volcada en la acción violenta (aunque sin renunciar a la asistencial y política). Consciente de sus propias limitaciones y deseoso de dar mayor repercusión a sus acciones todo parece indicar que a lo largo de estos últimos años Boko Haram ha ido estableciendo relaciones con algunos grupos yihadistas más o menos próximos. Así, y mucho antes de llegar a su

reciente alineamiento con Daesh, ya hay indicios de que en estos pasados años había establecido vínculos con Al-Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI)[20], con el grupo somalí Al-Shabaab[21] y con el maliense Movimiento para la Unicidad y la Yihad en África Occidental (MUYAO)[22]. En todo caso, es preciso tomar con absoluta cautela este tipo de consideraciones, entendiendo que en ningún modo cabe pensar que se trate de una subordinación a alguno de esos grupos, ni tampoco del establecimiento de una agenda común o de la coordinación operativa de sus acciones. Eso no quita para que se hayan podido producir contactos que hayan permitido a algunos miembros de Boko Haram adquirir provechosos conocimientos de sus más experimentados correligionarios yihadistas magrebíes, somalíes o malienses.

Un indicio de las dudas que rodean este tema es el hecho de que en agosto de 2011 el jefe máximo del Mando África de Estados Unidos (AFRICOM), el general estadounidense Carter Ham, solo llegaba a apuntar que "era probable" que existieran conexiones entre Boko Haram y Al-Shabaab y AQMI. También es cierto, en cualquier caso, que el diplomático argelino y alto cargo del ministerio de exteriores, Abdelkader Messahel, sostenía en noviembre de ese mismo año que "no existían dudas" sobre dichas relaciones.

En síntesis, el grupo fue relegando la guerra de guerrillas y las tácticas insurgentes a favor de acciones terroristas de extrema violencia, tanto contra instancias policiales y militares como contra objetivos menos protegidos, fueran actores políticos o escuelas. En paralelo, modificó su estructura, pasando de ser una organización jerárquica a otra en red, renunció momentáneamente a la idea de conquistar y controlar un territorio propio y redujo su radio de acción a objetivos estrictamente nacionales (dejando fuera tanto al territorio de los países vecinos como a objetivos extranjeros en suelo nigeriano).

Para todo ello, y con el destacado (pero no indiscutible) liderazgo de Shekau, se ha dotado de un Consejo de la Shura ("consulta" en árabe), compuesto por una treintena de dirigentes, que se encarga de dirigir cada una de las áreas de actividad del grupo y de coordinar sus acciones para el logro de sus objetivos programáticos. De ahí se derivan los diferentes "departamentos" de reclutamiento,

fabricación de explosivos, secuestros, inteligencia, selección de objetivos, robos, atención asistencial a los miembros y familiares del grupo…, sin olvidar un activo aparato mediático conocido como Al-Urwah Al-Wuthqa ("el vínculo indisoluble") Foundation.

En cuanto a sus vías de financiación es imposible poder cuantificar el volumen de fondos que pueda manejar. Únicamente cabe hacer referencia a que sus fuentes principales proceden de la zakat[23], de la cuota mensual obligatoria de 100 nairas (equivalentes a 50 céntimos de euro) que aporta cada uno de sus simpatizantes, de las donaciones de significados actores económicos alineados con sus postulados (que incluyen a empresarios locales, pero también a embajadores, senadores, gobernantes locales y diputados), del secuestro de extranjeros, del robo de bancos y de las transferencias realizadas por distintas organizaciones como la World Islamic Call Society (Sociedad Islámica Mundial de Predicación)[24] y el Al-Muntada Al-Islami Trust (Trust Foro Islámico)[25].

Más difícil aún es determinar el volumen de sus efectivos armados. Mientras que se manejan diferentes estimaciones sobre sus simpatizantes, cifradas en torno a los varios centenares de miles, el número de sus combatientes no parece superar unos escasos miles[26]. En su intento por engrosar sus filas merece especial mención la operación de asalto a una cárcel de Bauchi, en septiembre de 2010, en la que liberó a unos 800 presos, de los que solo algo menos de 200 eran ya miembros del grupo. Este tipo de acciones, repetidas posteriormente en Yobe, le han reportado no solamente más recursos humanos, sino también una imagen favorable entre los desclasados.

En su evolución como grupo insurgente se ha ido planteando objetivos cada vez más ambiciosos y ha ido sumando diferentes tipos de acciones a su catálogo, incluyendo ataques suicidas (el primero de ellos efectuado el 16 de junio de 2011), coches bomba, asaltos a cárceles y comisarias, asesinatos selectivos, robo de bancos y un largo etcétera. Así, en enero de 2012 se atrevió a atacar la ciudad de Kano (la segunda del país, tras Lagos), tras haber llegado a cometer atentados en Abuya (como en junio de 2011, contra el cuartel general de la policía, y el 8 de agosto de ese mismo año, contra instalaciones de la ONU en la capital[27]). Del mismo modo, se

ha planteado ya en varias ocasiones tomar y controlar un territorio propio, aunque en ningún caso haya sido capaz de mantenerlo ante las sucesivas embestidas gubernamentales contra los coyunturales feudos que ha declarado en cada momento.

Los efectos de esa escalada violenta han vuelto a hacerse visibles, ya sin interrupción hasta hoy, desde la ofensiva que arrancó en Borno en marzo de 2013, contestada también por parte de Abuya desde mayo de ese mismo año en los estados de Borno, Yobe, Níger, Plateau y Adamawa. Desde entonces, y sin que la crisis que había estallado en Malí el año anterior haya sido ajena, Boko Haram ha entrado en una acelerada secuencia que le ha llevado a convertirse ya no solo en una amenaza nacional, sino también regional, con ramificaciones globales tras el reconocimiento, en marzo de 2015, de su adscripción a Daesh. Pero de esta última etapa mejor nos ocupamos en capítulos posteriores.

ANSARU, IDA Y VUELTA

En ese camino prácticamente sin retorno, Boko Haram ha sufrido también fracturas internas. Tras la muerte de Yusuf, ya en 2010 Abuya sostenía que se había producido una escisión liderada por Mamman Nur, ligada a Al-Qaeda, que según algunas fuentes pudo ser la responsable del ataque a las instalaciones de la ONU en agosto de 2011.

En cualquier caso, la fragmentación más señalada fue la que se hizo visible en enero de 2012, con la creación de Jama'atu Ansarul Muslimina fi Biladis Sudan (Vanguardia para la Ayuda y Protección de los Musulmanes en el África Negra), más conocido como Ansaru, bajo el liderazgo de Abubakar Adam Kambar. La temprana eliminación de ese líder (en junio de 2012) dejó el paso libre a Khalid al Barnawi (conocido habitualmente como Abu Usamatul Ansar), compañero de viaje de Yusuf en la primera época del grupo, interesado en presentar a Ansaru con un nítido perfil defensivo, únicamente preocupado por garantizar la profesión de fe islámica en Nigeria y por evitar cualquier ataque a los musulmanes.

En un intento por desmarcarse de Boko Haram, comenzó a calificar como inhumanos los métodos usados por este último (matanzas indiscriminadas de civiles no musulmanes, cristianos especialmente) y declaraba su intención de no causar daños a los no musulmanes y de no atacar objetivos gubernamentales, salvo como respuesta a ataques contra el islam.

Desde sus feudos principales en Kano y Kaduna, sus objetivos principales son la restauración de la dignidad de los musulmanes de la región y el restablecimiento del califato de Sokoto (cuyo sultán es todavía reconocido en general como la autoridad espiritual común a los musulmanes nigerianos). Interesados en sumar fuerzas con otros grupos yihadistas, contando con que parece que nunca han llegado a contar ni siquiera con un millar de combatientes, son conocidos sus vínculos con Al-Qaeda en el Magreb Islámico, especialmente con Mokhtar Belmokhtar, y su propósito de ampliar sus horizontes más allá de Nigeria.

Su bautismo de fuego se produjo el 26 de noviembre de 2012, con el ataque al cuartel general de una unidad especial de la policía en Abuya. Esa acción no solo echó abajó el rumor de que se trataba de un grupo promovido desde instancias gubernamentales para debilitar a Boko Haram, sino que dio paso a otras que incluyeron el secuestro de extranjeros (como el ingeniero francés de la empresa Vergnet, en diciembre de ese mismo año) y el ataque, el 19 de enero de 2013, a un convoy militar nigeriano en el estado de Kogi, camino de incorporarse al contingente de la Unión Africana desplegado con ocasión de la crisis de Malí.

Aun así, existen indicios (sin confirmar de manera fehaciente) de que, tras la operación militar liderada por Francia en Malí, ambos grupos han vuelto a sumar fuerzas en diferentes acciones violentas contra enemigos comunes.

En línea con ese inquietante y sostenido giro propiciado por Shekau, el Gobierno central respondió también con mayor violencia, aumentando el número de redadas efectuadas en los feudos principales de Boko Haram y ejecutando extrajudicialmente a sus militantes y simpatizantes. Tras los ataques contra la propia capital y las instalaciones de la ONU en 2011, Abuya tomó la decisión de declarar el estado de emergencia en los estados de Borno, Yobe, Plateau y Níger (a los que se añadió Kano, en enero de 2012) y, en diciembre de 2012, puso en marcha la llamada Operación Restaurar el Orden, la de mayor nivel desde la guerra civil que asoló al país en el periodo 1967-1970, movilizando unos 8.000 efectivos que se desplegaron en los estados de Borno, Yobe, Bauchi, Kano y Adamawa.

En su empeño por eliminar todo rastro de un grupo que ya representaba un problema de orden nacional, las autoridades de Abuya no tuvieron ningún reparo en arrasar localidades, violar sistemáticamente los derechos humanos, atacando objetivos civiles y despreciando cualquier consideración moral. Esto, por un lado, les acarreó no solo generalizadas críticas internacionales sino también una fuerte animadversión por parte de una población que volvía a sufrir directamente el castigo de un Gobierno escasamente respetado, lo que se traducía automáticamente en una mayor inclinación a favor de Boko Haram. Por otro, tampoco logró que Boko Haram perdiera su capacidad y voluntad para seguir golpeando objetivos de todo tipo, como muestran los atentados realizados en un solo día (20 de enero de 2012) en la ciudad de Kano, provocando 178 muertos.

Ese mismo tipo de comportamiento gubernamental se volvería a repetir posteriormente en una nueva ofensiva iniciada en abril de 2013 —dirigida ahora contra objetivos de Boko Haram en los estados de Borno, Yobe y Adamawa—, sin que en ningún caso se lograran resultados definitivos y sin que el grupo yihadista redujera su actitud violenta, como lo demuestra el ataque, con unos 300 efectivos, contra la base aérea de Maiduguri en diciembre de ese mismo año.

Capítulo 4

Una mirada alrededor del yihadismo violento

Para comprender mejor tanto lo que Boko Haram significa como su evolución, además de los condicionantes locales ya mencionados hasta aquí, se hace necesario ampliar la mirada hacia otros escenarios en los que, simultáneamente, se han ido generando otros ejemplos de lo que finalmente se ha optado por denominar yihadismo global. Se trata este de un concepto que con frecuencia genera confusión, dado que se ha extendido en determinados círculos la opinión de que es la plasmación de una especie de internacional yihadista, estructurada y jerarquizada a partir de un referente central con autoridad reconocida por todos los grupos que cabe identificar como yihadistas y de la que, en consecuencia, Boko Haram formaría parte.

La realidad es mucho más poliédrica que lo que da a entender esa simplificada visión de una entidad que manejaría a todos los grupos que han optado por la violencia para imponer su visión rigorista del islam. De hecho, ni Al-Qaeda —máxima expresión de dicho fenómeno— en sus momentos de mayor esplendor pudo entenderse como una organización capaz de subordinar a los dictados de su líder, Osama Bin Laden, a todos aquellos que por diferentes razones se han venido vinculando a la red desde su aparición a principios de los años noventa del pasado siglo. Porque realmente, así es como hay que analizar a Al-Qaeda, como una red con una notable resiliencia gracias, precisamente, a su renuncia a constituirse como una entidad jerárquica que pudiera venirse abajo si su cabeza era destruida.

En la segunda oleada del islamismo político[28], que se viene produciendo especialmente en el Magreb, Oriente Próximo y Oriente Medio desde mediados de los años ochenta del siglo pasado[29], confluye en primer lugar el hartazgo ciudadano con unos regímenes políticos calificados como corruptos, ineficientes y represivos, que no han procurado bienestar ni seguridad al conjunto de la población. También se alimenta de un bien visible antioccidentalismo, tanto por cuestiones históricas —ligadas al

negativo balance de una colonización que muchos de quienes habitan esas tierras califican de usurpadora— como actuales —en función del prolongado apoyo que los gobiernos occidentales han venido prestando a líderes locales con escasa o nula vocación democrática y exigua atención a las demandas de su propia población—. Tampoco es ajena a ese generalizado sentimiento la percepción de una doble vara de medida a la hora de enjuiciar los comportamientos de determinados actores cuando violan la ley internacional (con el caso de Israel como más destacado), ni la incoherencia que demuestran los gobiernos occidentales entre sus palabras y sus hechos, sea en defensa de los derechos humanos o en el apoyo a procesos de movilización ciudadana a favor de reformas plenamente democráticas (la ambigüedad en torno a lo que se ha dado apresuradamente en llamar "primavera árabe" es bien notoria). A esto se ha añadido también la desilusión provocada por un panarabismo que ya hace tiempo dejó de servir de banderín de enganche popular, tras haber mostrado la falta de voluntad de los gobernantes árabes para pasar de las palabras (con la machacona apelación al sueño de un único Estado para todos los árabes) a los hechos (que siguen mostrando la pervivencia de una notable fragmentación interna entre el conjunto de unos países que, en buena medida, se han ido conformando sobre la base de unas malas relaciones vecinales).

Dos escenarios, por encima del resto, destacan a la hora de resumir la evolución del yihadismo terrorista: el Afganistán ocupado por los soviéticos, en 1979-1989, y la Argelia sumida en una abierta confrontación interna tras el golpe de Estado de enero de 1992. En el primer caso encontramos un nuevo ejemplo de una estrategia tan repetida como desacertada, consistente en promover la creación de un actor interpuesto —que sirva temporalmente como carne de cañón local— para neutralizar una amenaza, sin tener que emplear recursos humanos propios y creyendo insensatamente que el pequeño monstruo que se ha creado para la ocasión podrá ser controlado en todo momento y, por tanto, eliminado cuando sea aconsejable. De ese planteamiento surgieron, como bien sabemos, los entonces denominados favorablemente como muyahidín (que, aunque literalmente significa "los que hacen la yihad" o "los que mueren por la causa de Alá", se prefirió traducir como "luchadores por la libertad"), con el decidido apoyo de los servicios de

inteligencia paquistaníes y estadounidenses, muchos de los cuales se transformaron poco después en la temible Al-Qaeda liderada por Osama Bin Laden.

Hoy, ese grupo yihadista originario ha sufrido una profunda transformación hasta convertirse en una hidra de múltiples cabezas. A pesar del duro castigo al que ha sido sometido desde la invasión estadounidense de Afganistán, en octubre de 2001, sigue contando con un núcleo central, localizado a caballo de la Línea Durand (frontera entre Afganistán y Pakistán), con Ayman al-Zawahiri como líder supremo tras la eliminación del fundador en mayo de 2011. Conviene no dejarse llevar por el dominante enfoque mediático que, al concentrarse casi exclusivamente en Daesh, podría llevar a pensar que Al-Qaeda ya es cosa del pasado. Y mucho menos aún cuando Afganistán pretende pasar página en su propia historia, ya sin las fuerzas internacionales de combate en apoyo de su débil Gobierno, mientras los talibán, antiguos aliados de Al-Qaeda, vuelven a hacerse notar.

Junto a ese núcleo hay que contar también con las diversas franquicias regionales y locales que constituyen el segundo círculo de la red. Entre ellas destaca actualmente Al-Qaeda en la Península Arábiga (AQPA), liderada por Nasir al-Wahayshi, muy activa nuevamente en Yemen tras su salida de Arabia Saudí a mediados de la pasada década. AQPA está aprovechando el creciente descontrol provocado por el choque violento que se está desarrollando entre los huzíes —con notables apoyos de fuerzas militares leales a Abdullah Saleh, defenestrado de la presidencia en 2011 y hoy soñando con un victorioso regreso— y las fuerzas militares y un número considerable de milicias locales suníes leales a Abdo Rabu Mansur Hadi (internacionalmente reconocido aún como presidente del país y hoy refugiado en Riad bajo protección saudí). Ya en el periodo 2011-2012 fue capaz de controlar un territorio propio y en 2013 llegó a asaltar el cuartel general de la segunda zona militar yemení, en Mukalla (quinta ciudad del país).

Y por si hiciera falta alguna señal reciente de su activismo, baste recordar que el pasado 2 de abril logró retomar nuevamente Mukalla, liberando a unos 300 presos (entre ellos uno de sus principales dirigentes, Khalid Baltafi), asaltando algunas oficinas

bancarias y tomando nuevamente las dependencias del citado cuartel general (con el consiguiente robo de armamento y munición). Hoy es, con diferencia, la franquicia más potente de la red y todo hace pensar que su eliminación no solo no está a la vuelta de la esquina, sino que se sienten con suficiente moral de combate para enfrentarse directamente a las huestes de Daesh que han empezado a hacerse visibles igualmente en Yemen[30].

Además de otras conocidas entidades yihadistas ubicadas en ese mismo nivel —desde Al-Qaeda en el Magreb Islámico y el Frente Al-Nusra sirio, hasta la más reciente creación de Al-Qaeda en el Subcontinente Indio—, no puede olvidarse que Daesh es, básicamente, una filial más de la red terrorista. En su origen, bajo el liderazgo de Abu Musad al-Zarqawi (eliminado en 2006), estaba centrado en Irak y de ahí su nombre, Al-Qaeda en Irak (o en Mesopotamia). Con el tiempo ha evolucionado para ampliar su radio de acción simultáneamente hacia Siria y el propio Irak, donde su líder, Ibrahim Awwad Ibrahim Ali al-Badri al-Samarrai (más conocido como Abubaker al-Bagdadi y, más recientemente, como el califa Ibrahim) ha declarado la constitución de un fantasmal califato el 29 de junio de 2014. Como resultado de la escisión que siguió a la desobediencia de Al-Bagdadi, incumpliendo la orden de Al-Zawahiri de dejar Siria para el Frente Al-Nusra y de volver a ocuparse exclusivamente de Irak, cabe considerar que hoy asistimos a una competencia frontal por el liderazgo, mucho más simbólico que operativo, del yihadismo global, con Al-Zawahiri y Al-Bagdadi como aspirantes más destacados.

Si hace tan solo dos años el primero era aún la referencia principal, por mucho que Al-Qaeda ya hubiera perdido entonces buena parte del empuje que tuvo hasta finales de la década pasada, hoy es Daesh quien acapara la atención no solo mediática internacional, sino, sobre todo, la de potenciales yihadistas en cualquier rincón del planeta, deseosos de apuntarse a lo que consideran la vanguardia de ese tipo de movimientos, y la de quienes financian ese tipo de organizaciones, interesados en invertir sus recursos en opciones aparentemente ganadoras.

Como consecuencia de ello, no puede extrañar que el mismo Boko Haram, que en su momento se alineó con Al-Qaeda (2006), opte

ahora por Daesh (2015). Y es que hoy la marca Daesh “vende” mucho mejor que la decaída Al-Qaeda. En ambos casos lo que Boko Haram busca es tratar de medrar al calor de una referencia sobradamente conocida, procurando que quienes en Nigeria y sus inmediaciones deseen alistarse al yihadismo global interpreten que entrar en Boko Haram es lo mismo que hacerlo en Daesh. Por la misma razón, aspiran a que quienes se dedican a financiar a este tipo de grupos apuesten por Boko Haram, en lugar de transferir sus fondos a un lejano Daesh, desconectado de la realidad local. Pero nada de eso significa que, como ocurre con el resto de los grupos vinculados en ese mismo nivel de cercanía (entre los que también cabe incluir al somalí Al-Shabaab), Boko Haram sea una rama operativa de Al-Qaeda o (ahora) de Daesh. Todos ellos actúan de manera autónoma a la hora de decidir sus acciones y tienen sus propias estrategias (algunos en clave nacional y otros con pretensiones transnacionales). Dicho en otras palabras, y sin minusvalorar el efecto de imitación y el trasvase de algunas experiencias entre grupos, Boko Haram no es hoy más peligroso que antes del 7 de marzo de 2015 por el mero hecho de haber anunciado ese día que declaraba su lealtad a Daesh.

El monstruo yihadista emanado originariamente de Al-Qaeda ha ido contaminando también a un tercer círculo de grupúsculos y hasta de individuos (los llamados “lobos solitarios”) que dicen actuar en nombre de Al-Qaeda (y hoy, cada vez más, en el de Daesh). Primero en la “escuela” de Afganistán (durante la década de la invasión soviética, de 1979-1989) y luego en la “universidad” de Irak (desde la invasión estadounidense de marzo de 2003) —con el añadido de unas redes sociales cada vez más sofisticadas y al alcance de quienes estén interesados en la materia—, son decenas de miles los individuos que han adquirido una notable destreza en el uso de técnicas insurgentes y terroristas. Individuos que, retornados a sus países de origen o trasladados a un nuevo escenario de conflicto, han dado pie a la creación de células con demostrada capacidad para matar. Es obligado volver a insistir en que, más allá de lo que proclamen sus miembros, esas minúsculas (pero mortales) entidades no actúan bajo mando directo del núcleo central, sea este el de Al-Qaeda o el de Daesh. Forman parte, por supuesto, de las preocupaciones de cualquier responsable en temas de seguridad nacional e internacional; pero es aconsejable no caer en la

exageración de considerar a todos los citados hasta aquí como parte de una organización todopoderosa que algunos se empeñan en querer identificar como la única o la más importante de las amenazas que afectan a nuestras vidas.

En el segundo caso, Argelia muestra a lo largo de su propia crisis la evolución de un proceso político fracasado y de la fragmentación y transformación de un grupo islamista radical en el germen de una entidad yihadista regional. A finales de los años ochenta del pasado siglo allí confluyeron, en el seno del recientemente legalizado Frente Islámico de Salvación (FIS), actores políticos de perfil islamista radical y ex muyahidín argelinos de regreso de Afganistán. El país estaba experimentando un limitado proceso de liberalización política, que desembocó en la celebración de las primeras elecciones multipartidistas y libres desde su independencia en 1962. Para sorpresa de muchos el FIS venció en las municipales de 1990 y en la primera vuelta de las legislativas de 1991, y cuando se iba a celebrar, en enero de 1992, la segunda vuelta (para decidir algunos escaños que habían quedado sin asignar, pero con el convencimiento generalizado de que el FIS sería el seguro vencedor) se produjo un golpe de Estado que abortó, hasta hoy, la posibilidad de una plena transformación democrática.

Ese golpe tuvo al menos tres efectos. En primer lugar, volvió a dejar claro que los gobiernos occidentales preferían la estabilidad que pudieran ofrecerle los actores tradicionales (aunque su nivel de convicciones democráticas fuera incuestionablemente escaso) a la incertidumbre de un posible desarrollo democrático, si eso suponía llevar al poder a gobernantes que podrían desear la modificación de un statu quo que interesaba mantener a toda costa. Además, se entendió como un claro mensaje al islamismo radical[31], haciéndole ver que a pesar de su decisión de participar en el juego político para intentar llegar al poder a través de las urnas, simplemente no había sitio para una opción de esa naturaleza. Por último, y en conexión directa con lo anterior, la ilegalización del FIS y la sangrienta persecución de sus militantes y simpatizantes, aceleró el proceso de fragmentación del partido y el creciente protagonismo en su seno de quienes venían de usar las armas en defensa de sus ideas.

A partir de ese punto, no solo Argelia entró en una profunda crisis

política y violenta (con unas 200.000 víctimas mortales en la siguiente década) sino que vio multiplicada la amenaza yihadista en su propio suelo con la aparición de grupos violentos como el Grupo Islámico Armado (GIA), el Ejército Islámico de Salvación (EIS) y tantos otros. De ahí, y especialmente del GIA, se ha llegado en una etapa posterior al surgimiento del Grupo Salafista por la Predicación y el Combate (GSPC), argelino, y a su confluencia con otros grupos yihadistas magrebíes —como el Grupo Combatiente Islámico Marroquí y el Grupo Combatiente Islámico Libio— para dar paso a la actual Al-Qaeda en el Magreb Islámico.

Si a esto se une el efecto de la crisis que se inició en Libia desde principios de 2011, con la movilización que provocó finalmente la caída del dictador libio, Muamar el Gadafi, se puede obtener una visión más amplia de lo ocurrido no solo en el Magreb sino también en el Sahel y, por tanto, en Nigeria. En efecto, el inconcluso conflicto libio ha sido identificado como un potente multiplicador de inestabilidad y violencia tanto hacia el resto del norte de África (con Túnez y Egipto como ejemplos) como hacia el Sahel (con el estallido de crisis agudas tanto en Malí como en Níger ya desde finales de aquel mismo año). Así, grupos como Ansar Dine y el ya mencionado MUYAO, derivados por caminos difusos de AQMI, empezaron a cobrar protagonismo en paralelo a la cuarta revolución tuareg iniciada en 2012 en el Azawad maliense. Dada su afinidad ideológica y operativa (centrada en el control por la fuerza de un territorio propio en el que poder imponer un califato regido por la sharía) y sus lazos comunes con AQMI, no puede extrañar que también entre estos grupos y Boko Haram haya habido intercambio de experiencias y conocimientos.

En resumen, esas son las bases comunes, aderezadas con las particularidades de cada caso nacional, que Boko Haram comparte con otros grupos. Lo que cada uno piensa, planifica y ejecuta sirve inevitablemente de referencia para el resto, por mucho que en la mayoría de los casos el esfuerzo que llevan a cabo se limita a un escenario geográfico muy concreto, tanto por falta de medios físicos y humanos para ir más allá de su horizonte inmediato como por un convencimiento realista de que si se atrevieran a hacerlo acabarían pagando el precio de activar una respuesta internacional que, como está empezando a comprobar Daesh en Siria e Irak, no podrían

soportar.

Capítulo 5

Espiral de violencia sin freno a la vista

Al cierre de estas páginas (abril de 2015), cuando ya se contabilizan más de 15.000 muertos a manos de Boko Haram (unos 8.000 solo desde enero de 2014) y más de 1,5 millones de desplazados y refugiados, Shekau se ha convertido en uno de los terroristas más buscados de África[32]. Y no puede sorprender que así sea si se tiene en cuenta, por un lado, el fracaso acumulado en el intento por eliminarlo y por suprimir a Boko Haram de la escena y, por otro, su decidida deriva violenta hasta extremos difícilmente comparables con cualquier otro grupo yihadista.

Como ejemplos destacados de la espiral de violencia en la que Boko Haram ha entrado ya de manera irreversible en este último año, cabe citar el secuestro de más de dos centenares de niñas en un colegio de Chibok (estado de Borno), en abril de 2014; la matanza de unas 2.000 personas en Baga, a principios de enero de 2015; el nuevo secuestro de unas 500 mujeres y niños el 24 de marzo de este mismo año en la ciudad de Damasak (estado de Borno); y, en términos más genéricos, su progresiva internacionalización, con ataques cada vez más frecuentes en el territorio de sus vecinos.

En el primer caso, se trata del secuestro de más de dos centenares de niñas del colegio de enseñanza secundaria de Chibok[33], realizado el 14 de abril de 2014. No era, por supuesto, la primera acción de Boko Haram contra centros escolares (dado su conocido afán por desmantelar todo lo que haga referencia a un sistema educativo de corte secular occidentalizante que considera inaceptable), pero nunca había alcanzado hasta entonces ese número de personas implicadas. El hecho de que las niñas fueran cristianas y de que, posteriormente, fueran forzadas a convertirse al islam y violadas, no son más que condenables detalles adicionales en una acción que, por lo que atañe a la respuesta gubernamental, volvió a demostrar la inoperancia de las fuerzas armadas y de seguridad nigerianas, dado que ni fueron capaces de evitar la acción yihadista (cuando fueron advertidas con varias horas de antelación de la inminencia del ataque), ni tampoco de rescatar a las niñas a pesar de las

supuestas operaciones planificadas con ese fin.

En resumen, Boko Haram logró tanto su objetivo mediático —con una repercusión mundial del ataque y la puesta en marcha de una campaña internacional que demandaba su liberación— como fáctico —al convertir a las niñas en objetos sexuales de sus propios combatientes y en mercancía para su venta a quien estuviese interesado en hacerse con ellas—. Incluso consiguió emplearlas como baza de negociación, escenificando un proceso negociador con el Gobierno central que llevó al entonces presidente, Goodluck Jonathan, a anunciar el 17 de octubre de 2014 que se había alcanzado un acuerdo por el que el grupo se comprometía a liberar a las niñas (algo materialmente difícil de llevar a cabo después de la dispersión de muchas de ellas en países distintos y en manos de sus nuevos "propietarios"). A cambio, se sobreentendía que Boko Haram lograba la liberación de un indeterminado número de sus miembros apresados en cárceles nigerianas y un buen botín en metálico. En todo caso, visto ahora en la distancia, cabe entender aquel anuncio como un fallido recurso electoralista de un presidente-candidato que estaba siendo criticado por su falta de respuestas a la amenaza del grupo yihadista. Las niñas, hoy, siguen en paradero desconocido y se sospecha que buena parte de ellas pueden haber sido asesinadas.

Este no es, desgraciadamente, más que un caso entre cientos similares que han terminado por crear una situación que ha convertido a la educación escolar en una actividad altísimo riesgo y que ha situado a Nigeria con la tasa más alta del planeta en población sin escolarizar. Según Unicef, entre enero de 2012 y diciembre de 2014 se han producido más de 300 ataques a escuelas y al menos 196 maestros y 314 alumnos de primaria han sido asesinados. La destrucción sistemática de centros escolares y el intento de echar abajo el sistema educativo ha hecho que actualmente haya no menos de 10,5 millones de niños que no están debidamente escolarizados, únicamente en primaria (eran ocho millones en 2007), y más del 60 por ciento de todos ellos están localizados en los estados del norte, donde Boko Haram concentra especialmente sus brutales actividades.

En cuanto a la matanza de Baga, que coincidió en el tiempo con los

atentados de París (7 de enero de 2015), volvió a dejar nuevamente de relieve que la atención mediática y política internacional es muy selectiva. Mientras que lo sucedido en la capital francesa (con 17 víctimas mortales) fue profusamente cubierto por medios de todo tipo y movilizó llamativamente a dirigentes de medio mundo en manifestaciones de repulsa a lo sucedido, la violencia desatada en esa desconocida localidad del estado de Borno y otras 16 aún de menor tamaño, aledañas al lago Chad, paso prácticamente desapercibida, a pesar de haber costado la vida a unas 2.000 personas[34]. Sin embargo, se trataba de la más importante operación desencadenada por Boko Haram en toda su historia, bien diseñada para provocar el pánico de la población civil (de ahí que unas 35.000 personas se vieran forzadas a huir hacia los estados limítrofes) y para volver a demostrar la falta de respuestas tanto de Abuya como del contingente militar conjunto de Chad y Níger desplegado en la zona durante los días que duró el ataque (contando con que en esa localidad estaba ubicado el cuartel general de la Fuerza Conjunta activada precisamente para hacer frente a la amenaza de Boko Haram). En lo único en lo que ambas capitales se asemejaban era precisamente en que, en el arranque del año, ambas fueron escenarios del terrorismo yihadista.

Por su parte, el nuevo secuestro masivo en Damasak volvió a poner de relieve la incapacidad de las fuerzas militares regionales que están colaborando con el Gobierno central nigeriano para mejorar la seguridad de la zona. Las tropas de Níger y Chad habían liberado la ciudad apenas una semana antes, descubriendo fosas comunes en las que habían sido enterradas decenas de personas asesinadas por Boko Haram en su huida; pero está claro que no habían logrado consolidar sus posiciones para evitar el retorno inmediato de los yihadistas, interesados en demostrar que su aparente retirada no significaba en modo alguno una derrota. Y algo así ocurrió mientras Abuya sostenía que la Fuerza Conjunta había logrado recuperar prácticamente las 14 localidades en las que Boko Haram había asentado sus fuerzas en los últimos meses, exceptuando Gwoza, Abadan y Kala Balge (todas en el estado de Borno). Tampoco se conoce el paradero actual de las personas secuestradas. El 28 de abril de 2015, el ejército nigeriano afirmó haber rescatado en el bosque de Sambisa (fronterizo con Camerún) a 200 niñas y 96 mujeres prisioneras de Boko Haram, pero ninguna de ellas

pertenecía al grupo secuestrado en la escuela de Chibok un año antes.

Por último, aunque ya a mediados de la pasada década se detectaron puntuales acciones de Boko Haram en suelo de los países vecinos a Nigeria, no ha sido hasta 2015 cuando esa línea de actividad ha adquirido un nivel tan significativo, al menos en las localidades cercanas a la frontera. Así, en 2013 ya era evidente su presencia en localidades como Diffa (sureste de Níger) y Banki-Amchidé (en la frontera con Camerún) y su capacidad para secuestrar a personas que transitaran la zona, como hizo el 19 de febrero de ese año capturando a una familia de turistas franceses en el parque nacional de Waza (Camerún).

Hoy, presionados por las operaciones militares lanzadas por Abuya y sus vecinos (de las que hablamos en el siguiente capítulo) y empeñado en ampliar sus horizontes, ya se han convertido en habituales sus incursiones en las localidades fronterizas de esos países y hasta su intento de controlar algunas de ellas. Así, en febrero de 2015 se registró el primer ataque mortal de Boko Haram en suelo chadiano, matando al menos a diez personas en la localidad de Ngouboua, una zona pesquera en las orillas del lago Chad. En ese mismo mes también se contabilizó un ataque en la localidad camerunesa de Fotokol, donde dio muerte al menos a un centenar de personas, como continuación a incursiones anteriores en la comarca de Mokolo (en enero de 2015), en las que también había secuestrado a mujeres y niñas, y otras en las localidades nigerinas de Zaourararm y Diffa, entre las que sobresale la que tuvo como objetivo la cárcel en la que estaban ingresados varias decenas de miembros de Boko Haram.

Y todo esto en medio de un largo proceso electoral que ha rematado con la victoria en las urnas del ya mencionado Muhamadu Buhari, líder de la principal plataforma opositora, All Progressives Congress, convertida ahora en el principal actor político del país. Sin hacer olvidar otros asuntos delicados de la agenda nacional, la violencia de Boko Haram ha contaminado inevitablemente la campaña y los comicios. Por una parte, Goodluck Jonathan pretendió reiteradamente golpear a Boko Haram en sus propios feudos, en un desesperado intento por ganar apoyos tanto a nivel

nacional (apareciendo como un líder decidido a restablecer la seguridad en todo el país y a defender a la población de los violentos) como internacional (aparentando mostrarse sensible a la presión para rescatar a las niñas secuestradas de manos de sus captores).

Hasta el final de su mandato ha seguido lanzando limitadas acciones militares contra algunas zonas donde Boko Haram concentra su presencia y ha tratado también de mostrarse como un negociador eficaz, con anuncios como el ya mencionado acuerdo fantasma de octubre de 2014. Considerando que esa actitud podría hacerle ganar votos para renovar por tercera vez su cargo presidencial, llegó incluso a retrasar la fecha de las elecciones (inicialmente previstas para el 14 de febrero y finalmente celebradas el 28-29 de marzo[35]), tratando de ganar tiempo para poder presentar algún resultado positivo de su última ofensiva en los estados del norte. Es así como hay que interpretar su increíble anuncio, la víspera de las elecciones, sosteniendo que las tropas nigerianas habían retomado la localidad de Gwoza, convertida desde meses antes en el cuartel general de Boko Haram.

Por otra, el finalmente vencedor en dichas elecciones, Muhamadu Buhari, tampoco ha tenido reparo en emplear la violencia de Boko Haram como baza electoral. Su condición de general (retirado ya, con sus 72 años), de norteño (y, por tanto, de mejor conocedor de las dinámicas y actores de la zona) y de expresidente de un Gobierno (1983-1985) que no tuvo problema alguno en utilizar la fuerza contra sus enemigos de entonces han sido elementos que ha procurado resaltar para ganarse el favor de los votantes.

Capítulo 6

Y el Gobierno (y sus vecinos) a lo suyo

A lo largo de las páginas precedentes ya ha quedado de manifiesto que las sucesivas oleadas violentas de Boko Haram han ido en paralelo (precediendo o siguiendo) a las operaciones de castigo que Abuya, primero, y las capitales vecinas y el resto de la comunidad internacional, mucho después, han desencadenado. A la vista de los resultados obtenidos hasta ahora es inmediato concluir que ninguna de ellas ha logrado liquidar la amenaza, ni cuando ha optado por la vía militar, ni cuando ha intentado llegar a acuerdos en la mesa de negociaciones.

Ejemplos de esto último nos retrotraen al acuerdo establecido el 8 de julio de 2013, por el que se determinaba el cese de las hostilidades al menos durante el mes del Ramadán, como resultado de un proceso negociador que se remontaba meses atrás. Sin embargo, ni entonces ni con ocasión del ya citado acuerdo de octubre de 2014, ostentosamente utilizado por el ahora defenestrado Goodluck Jonathan en clave electoralista, se logró implementar mínimamente lo supuestamente pactado. La voluntad negociadora ha resultado a todas luces muy limitada, tanto por la escasa voluntad del Gobierno central a implicarse en un asunto del que no espera obtener realmente nada sustancial, como por la enorme dificultad que supone identificar interlocutores válidos en una organización yihadista que no duda en eliminar a los que parecen más inclinados a ceder en sus reclamaciones maximalistas y en la que existen evidentes fracturas internas (que hacen aún menos creíble la posibilidad de que un hipotético acuerdo vaya a ser cumplido por todos sus miembros).

En consecuencia, y por encima de cualquier otra consideración, lo que ha quedado en evidencia a lo largo de estos últimos años es que el elemento principal (y casi único) de la respuesta frente a la amenaza ha sido el militar. En el marco nacional, Abuya no ha tenido problema alguno en ir implicando a sus soldados y policías en unas tareas de castigo que nunca han estado en condiciones de lograr resultados definitivos. Ninguna de las operaciones lanzadas,

incluyendo la ya comentada Restaurar el Orden, ha sido bien planificada y ejecutada, como una señal más de la ineficiencia de un estamento securitario escasamente motivado y cualificado para cumplir con las misiones que le son propias.

Esas deficiencias, sumadas a la percepción creciente de que la amenaza desbordaba el marco nacional para afectar también a los países vecinos, terminó por activar una cierta voluntad internacional para implicar medios adicionales contra Boko Haram. Aun así, no fue hasta enero de 2015 cuando finalmente se puso en marcha una operación militar conjunta con la participación de fuerzas armadas de la propia Nigeria, al lado de las de Benín, Níger, Chad y Camerún. Una operación, aprobada por el Consejo de Paz y Seguridad de la Unión Africana, que agrupa a 7.500 efectivos (elevados en marzo a unos 8.700) y que ya ha entrado en acción de manera inmediata, aunque queda por ver si finalmente todos cumplen sus compromisos de aportación de fuerzas (Chad debe desplegar 3.000, Camerún 950, Níger 750, Benín 750 y Nigeria 3.250).

Dado que las relaciones vecinales no son precisamente amistosas y el nivel de coordinación cuando han querido realizar algún esfuerzo conjunto en materia de seguridad —como la policía de fronteras regional que implica a Nigeria, Chad y Níger— tampoco ha sido muy apreciable, resulta cuestionable de momento cuál será el verdadero grado de eficacia de esta nueva fuerza multinacional sobre el terreno. De hecho, desde finales del año anterior, los gobiernos de esos mismos países ya habían acordado crear una misión conjunta, con 3.000 efectivos, y, sin embargo, no había llegado a ponerse en marcha por las continuas desavenencias existentes entre ellos (especialmente entre Abuya y Yaundé por disputas territoriales todavía pendientes de resolver). Si a eso se añade el escaso volumen total de efectivos de algunos de los países implicados (Níger apenas cuenta con 5.300 uniformados, Chad con unos 25.350, Camerún con 14.200 y Benín con 6.950)[36] y su muy limitado armamento y nivel de operatividad, conviene tomar con cautela cualquier hipótesis sobre su futuro rendimiento contra los muy motivados combatientes de Boko Haram.

En todo caso, también hay que entender que la perturbación que

Boko Haram está generando en la zona en la que confluyen Nigeria, Níger, Chad y Camerún va más allá del efecto directo de cada acción violenta, afectando a intereses de carácter geoeconómico que pueden terminar por convencer a las cuatro capitales de la necesidad de tomar seriamente cartas en el asunto. Sirva como ejemplo de ello las declaraciones realizadas a Euronews el 3 de abril de 2015 por el jefe de estado mayor del ejército chadiano, el general Brahim Seid Mahamat, al resaltar que Chad importa casi todo lo que necesita de Nigeria y Camerún y la actividad de Boko Haram afecta de manera muy seria a la principal ruta de comercio de va de Maiduguri a Chad, pasando por Gamburu y atravesando Camerún.

Más renuente aún ha sido el resto de la comunidad internacional ante una cuestión que, aún hoy, se sigue considerando en general como un problema interno de Nigeria y sobre la que la distancia entre las palabras y los hechos resulta especialmente llamativa. Recordemos, por ejemplo, que no fue hasta mayo de 2014 cuando el presidente francés, François Hollande, convocó en París a sus homólogos de Benín, Nigeria, Níger, Chad y Camerún[37] para, en palabras del presidente camerunés, Paul Biya, "declarar la guerra a Boko Haram"[38]. El propio mandatario francés anunció en la posterior rueda de prensa conjunta un plan de acción global a medio y largo plazo para hacer frente a la amenaza, que todavía está a la espera de ser detallado e implementado.

Aunque ya anteriormente había habido alguna aislada señal de inquietud[39], desde la perspectiva de la seguridad internacional no deja de resultar penoso que hubiera que esperar al secuestro de las niñas de Chibok para que finalmente la atención mediática y política se centrara en el peligro que supone la existencia de un grupo de estas características. Una vez más se ha vuelto a demostrar el carácter selectivo en las respuestas de la comunidad internacional a las amenazas a la seguridad; de tal modo que solo cuando Boko Haram estableció un alineamiento ideológico con Al-Qaeda comenzó a tomar cuerpo la idea de responder a quien, ya para entonces, había causado un efecto desestabilizador muy visible al menos en la mitad norte de Nigeria. Hoy como ayer, para la comunidad internacional Boko Haram sigue siendo un problema interno nigeriano y, por tanto, Abuya no puede esperar más que un

apoyo limitado (como el que ya se viene produciendo) para hacerle frente. Dado que esa limitada reacción solo se produjo como resultado del impacto (más mediático que político) del secuestro de las niñas de Chibok apenas un mes antes, tampoco puede extrañar que, en la medida en que dicho impacto se ha ido amortiguando, también lo haya hecho la voluntad de implicarse decididamente en un problema tan lejano (y, en el fondo, tan ajeno a los intereses de las grandes potencias).

Eso no quiere decir que no se haya hecho nada. Hay, por ejemplo, una cierta coordinación entre los servicios de inteligencia que operan en la región (no solo locales, sino también con aportaciones francesas y estadounidenses), así como intercambio de información sobre los movimientos del grupo yihadista y un limitado despliegue de fuerzas alrededor del lago Chad. También, en el terreno militar, algunos de los ejércitos de la zona vienen recibiendo desde hace años instrucción y material específico para lucha contrainsurgente y contraterrorista, a través de la operación Enduring Freedom Trans Sahara (Libertad Duradera Trans Sáhara)[40]. Asimismo, en ese mismo ámbito, Francia ha ido reorientando el despliegue de sus capacidades desplegadas en la región para atender a los efectos desestabilizadores de la violencia ejercida por Boko Haram. Así, ya el 1 de agosto de 2014 puso en marcha la operación antiterrorista Barkhane —como continuación de las operaciones Serval y Epervier (Halcón)— preposicionando medios y tropas de un grupo de combate en Gao (Malí), medios aéreos en Yamena (Chad), unidades de operaciones especiales en Uagadugú (Burkina Faso) y capacidades de inteligencia (incluyendo tres drones) en Niamey (Níger). Mientras que la Operación Serval se circunscribía al norte de Malí, Barkhane amplía su radio de acción desde el Cuerno de África hasta el golfo de Guinea, pretendiendo abarcar todo el Sahel, mediante un despliegue militar permanente[41] para hacer frente a la amenaza que representa el yihadismo que está germinando en toda la región. Para ello, y contando con un cuartel general en Yamena, Francia preveía desplegar un total de 3.000 efectivos, 20 helicópteros, 200 vehículos blindados, 10 aviones de transporte y seis aviones de combate.

La misión fundamental de esa fuerza era (y es) apoyar a las fuerzas armadas locales en su lucha contra los grupos yihadistas en la zona,

procurando que no tengan en ningún caso la capacidad para establecer algún tipo de santuario. Con esa misma idea, París anunció el pasado mes de marzo que redesplegará algunos efectivos activos en la zona como parte de la operación Sangaris, para neutralizar la amenaza de Boko Haram alrededor del lago Chad.

Más allá de esas decisiones de neto perfil militar, apenas cabe reseñar iniciativas en otros terrenos. En lo que respecta al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, hasta el cierre de estas páginas no ha logrado pasar de las condenas (enérgicas) contra los ataques perpetrados por Boko Haram, mientras se sigue demorando la idea de sacar adelante una resolución, aprobando el apoyo logístico y financiero a la operación lanzada por la Unión Africana y adoptando sanciones contra quienes apoyen o financien a Boko Haram.

En paralelo, también los países africanos más próximos al foco del problema siguen tanteando propuestas para encontrar respuestas comunes a la amenaza yihadista de Boko Haram. Así, como resultado de la cumbre extraordinaria de la Unión Africana convocada ante la alarma provocada por la creciente deriva violenta de Boko Haram, celebrada en Yaundé el 16 de febrero de 2015, ya en marzo se anunció que la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO) y la Comunidad Económica de Estados de África Central (CEECA) celebrarían una reunión conjunta los días 7 y 8 de abril para explorar las posibilidades de definir una estrategia común entre todos sus miembros contra ese grupo terrorista. Finalmente, el encuentro tuvo lugar en Malabo (Guinea Ecuatorial) con la presencia de los ministros de exteriores y defensa de todos los Estados miembros de ambas organizaciones, en un intento por sentar las bases de una inmediata cumbre de los jefes de Estado y de Gobierno de las dos instancias que debe desembocar en una movilización general de todos los países afectados por la amenaza. Son, en esencia, tanteos previos a una posible acción coordinada entre las principales capitales de la región; pero que corren el peligro de quedarse, como tantas veces en el pasado en relación con otras crisis y amenazas transnacionales, en poco más que palabras.

Capítulo 7

Valoración de las respuestas

La primera constatación fáctica, cuando se analizan las respuestas a la amenaza que representa Boko Haram, es que el esfuerzo se ha saldado con un clamoroso fracaso. El grupo no solo no ha visto reducido su potencial violento, sino que ha aumentado notablemente su voluntad y capacidad de imponer su dictado, siguiendo una estrategia cada vez más brutal y afectando a zonas cada vez más amplias, hasta llegar hoy a los países limítrofes. Ese negativo resultado viene determinado, al menos, por cuatro causas principales:

La apuesta militarista no ha estado acompañada de otras estrategias sociales, políticas y económicas de peso suficiente para eliminar el caldo de cultivo en el que tan notoriamente ha germinado el yihadismo impulsado por Boko Haram.

La escasa motivación y operatividad de las fuerzas armadas y de seguridad nigerianas.

El limitado nivel de implicación de los Estados vecinos y de la comunidad internacional en apoyo al Gobierno central nigeriano en su intento por eliminar la amenaza.

La pervivencia de una base social que se siente identificada con los postulados ideológicos de Boko Haram (aunque ello no quiera decir que comparta plenamente sus métodos violentos).

En relación con el primer factor mencionado, es inmediato comprobar cómo las respuestas ideadas tanto por Abuya como por los gobernadores de los estados afectados más directamente por el problema han sido sistemáticamente unidimensionales, con un neto perfil securitario, traducido en sucesivas operaciones de castigo en las que se han registrado generalizadas violaciones de los derechos humanos. No se trata de cuestionar la necesidad de perseguir, detener y enjuiciar a quienes quebrantan las leyes, sino de resaltar que, sin la adopción de medidas que ataquen las causas estructurales que explican la emergencia del yihadismo, no es posible modificar la situación. Mientras que las operaciones lanzadas tanto por la policía como por el ejército solo en algunas ocasiones han logrado rebajar temporalmente el nivel de la amenaza, lo que han provocado en todos los casos es reverdecer y estimular aún más el sentimiento de discriminación y venganza de una población que se sentía (y se sigue sintiendo) maltratada por las autoridades. Sin poner remedio a esta realidad (y hasta ahora nada serio se ha hecho en ese sentido), no puede extrañar que una y otra vez Boko Haram haya logrado reclutar a nuevos miembros (tanto voluntaria como forzosamente) y hasta sea visto como una especie de "actor justiciero" por parte de su amplia base de simpatizantes.

En cuanto a la actuación de los uniformados nigerianos, baste decir que ni su volumen ni su rendimiento se corresponden con lo que cabe esperar de la primera economía africana. Con unos 80.000 efectivos en sus fuerzas armadas, a los que se suman otros tantos en las fuerzas policiales, sus carencias físicas y técnicas son muy evidentes para garantizar la seguridad de un país con 4.000 kilómetros de fronteras con otros cuatro países, unos 850 kilómetros de costas y problemas de seguridad crónicos, como la violencia intracomunitaria (mucho más mortal que la que protagonizan Shekau y sus secuaces), la piratería en el golfo de Guinea, la violencia en el delta del Níger y la amenaza de Boko Haram. Durante demasiado tiempo los altos mandos militares nigerianos han estado más interesados en el juego político —con una larga etapa de golpes de Estado que no se puede dar por completamente superada— que en atender a sus principales tareas de seguridad. Al menos desde 2012 han recibido apoyo estadounidense —tanto en material, equipo y armamento, como en instrucción en técnicas contrainsurgentes y contraterroristas—, pero nada indica que ese

esfuerzo haya rendido hasta hoy frutos apreciables.

El hecho de que el Gobierno de Abuya haya tenido que recurrir a la creación de unas Civilian Joint Task Forces (Fuerzas Civiles de Operaciones Conjuntas), de nombre tan rimbombante como exagerado, es una clara señal de la escasa confianza en sus propias fuerzas militares y policiales. En la práctica, se trata de civiles escasamente armados para defender sus propias localidades ante posibles ataques yihadistas. Pero, ni su formación, ni su experiencia de combate, ni siquiera su motivación (cuando no afecta estrictamente a su propia persona) pueden equipararse a la de los miembros de Boko Haram, imbuidos de una fuerza hoy por hoy muy superior. No es menor el problema que medidas de este tipo pueden terminar provocando, como ya se vio en su día en Argelia y otros países, cuando el Estado pierde el monopolio del uso de la fuerza y entrega armas a unos civiles que pueden acabar usándolas en su propio beneficio, añadiendo fuego al fuego en una dinámica a la que resulta muy difícil poner fin. Que esa visible dejación de responsabilidad estatal haya llevado al Gobierno central a contratar los servicios de un número apreciable de mercenarios (ucranios, rusos y sudafricanos, principalmente) en las últimas acciones de combate desarrolladas en diferentes estados del norte, tampoco es, bajo ningún concepto, una buena noticia.

Pero es que aun en el caso de que los uniformados nigerianos fueran los más capaces del planeta, seguiría siendo igual de concluyente la idea de que los ejércitos no son los instrumentos más motivados, equipados e instruidos para eliminar la amenaza terrorista. Nos lo dice la alarmante realidad de un Afganistán y un Irak invadidos en la década pasada por la más potente maquinaria militar del mundo y en los que ni los talibán ni Al-Qaeda han sido eliminados. Es evidente que, llegados a un determinado nivel de violencia (y en el caso de Boko Haram este ya se ha alcanzado), se impone el uso de los medios militares. Pero es un error considerar que estos pueden resolver el problema de manera definitiva por sí solos. Es más, solo en momentos puntuales deben ser los ejércitos el instrumento protagonista en la respuesta a una amenaza como la que representa el yihadismo. Eso significa que si el componente militar no está subordinado a una estrategia civil, que incorpore muchos otros instrumentos para estabilizar, reconstruir y desarrollar el territorio

en el que se está actuando, no es posible pasar realmente página en la historia del país o región afectado por la amenaza. Y nada de eso se ha puesto en práctica en Nigeria (ni por cierto en Afganistán, ni en Irak, ni hoy tampoco en Siria-Irak frente a Daesh).

Por lo que respecta a la comunidad internacional, hasta que se hicieron visibles los vínculos de Boko Haram con organizaciones yihadistas como Al-Qaeda en el Magreb Islámico y Al-Shabaab, la atención prestada fue prácticamente nula. Fue en el contexto de la mal llamada (y peor gestionada) "guerra contra el terror", liderada por Washington, cuando esa evidencia disparó las alarmas, incorporando finalmente a Boko Haram al listado de organizaciones terroristas. Pero, repitiendo una pauta de comportamiento tantas veces fracasada en otros escenarios violentos, también en este caso se optó por adoptar un enfoque distante —manteniéndose en un segundo plano, con ocasionales declaraciones de condena que no iban seguidas de medida efectiva alguna— y militarista —apostando exclusivamente por eliminar por la fuerza la amenaza que representaba el grupo yihadista—.

En lugar de atender a las causas sociales, políticas y económicas que explican la emergencia y crecimiento de Boko Haram, se prefirió pensar que era apenas una excrecencia localista del sistema, impulsada por individuos marginales sin base social alguna. Se consideró igualmente que bastaba con emplear a las fuerzas policiales y militares para eliminar la amenaza; sin necesidad de tomar en consideración la profundidad del problema, ligado al alto grado de discriminación existente o a las notables deficiencias de un aparato estatal que no se distingue precisamente por su alto nivel de desempeño y su respeto a las normas que definen a un Estado de derecho. En resumen, se volvió a caer en el error de pensar que existen atajos (empleando la fuerza bruta) para resolver problemas que, aunque tengan manifestaciones violentas, se alimentan de corrientes subterráneas que exigen otro tipo de respuestas.

En paralelo, en el contexto de una estrategia interesada en crear un clima generalizado de temor en nuestras propias sociedades, son muchos los gobiernos occidentales que han venido aludiendo a Boko Haram como parte desproporcionada de la amenaza yihadista global que nos afecta. Es obvio que en el mundo globalizado en el

que vivimos se han difuminado, hasta prácticamente desaparecer, las fronteras nacionales tras las que antes podíamos considerarnos ilusoriamente a salvo de amenazas externas. Hoy los conceptos de seguridad interior y seguridad exterior han perdido sentido, dado que todo lo que ocurre en el planeta nos toca de manera muy directa. La distancia física no es ya una garantía de seguridad, de tal forma que lo que sucede en Afganistán o en Nigeria afecta directamente a nuestras vidas y a nuestros intereses. De ahí que, dada la limitación de nuestras capacidades individuales estatales, el multilateralismo se haya convertido en una obligación, sumando fuerzas para responder a amenazas comunes. En relación con el tema que nos ocupa, eso quiere decir que, efectivamente, no cabe desentenderse de lo que pasa más allá de nuestras fronteras o vecindad más inmediatas y que, por lo tanto, Boko Haram debe estar también en nuestro listado de inquietudes.

Otra cosa es si el enfoque que adoptan nuestros gobiernos es el más adecuado. Con demasiada frecuencia lo que se percibe es, en primer lugar, una generalizada pasividad ante problemas que se consideran (equivocadamente) ajenos. De ese modo se suele despilfarrar un tiempo precioso, que se habría podido aprovechar para evitar la escalada de un problema inicialmente manejable, sin tener que recurrir a métodos extremos y al uso de la fuerza. En raras ocasiones se logra activar un esfuerzo preventivo que se adelante al estallido generalizado de la violencia, empleando los medios con los que ya cuenta la comunidad internacional (desde el envío de representantes especiales a misiones de observación, adopción de sanciones económicas, embargos de armas o iniciativas diplomáticas de mediación y negociación). Por el contrario, en la mayoría de los casos la actitud es reactiva y, de hecho, muy selectiva (de otro modo, carecería de sentido el concepto de "conflictos olvidados", que podemos entender como aquellos en los que no hay en juego intereses vitales de las grandes potencias).

Solo cuando el problema afecta a los intereses vitales de potencias relevantes en el concierto internacional (o, cada vez más, cuando el revuelo mediático y la presión de las redes sociales obligan a los gobiernos a "hacer algo") se consigue superar la pasividad habitual. Pero aun llegados a ese punto, en el que ya se precisan medios militares, lo normal no es intervenir en primera línea, empleando

los ingentes recursos de todo tipo con los que cuentan. Por el contrario, a lo que normalmente se recurre es a utilizar a actores locales ("carne de cañón" es una expresión que cobra aquí todo su sentido) para llevar a cabo la peligrosa tarea de enfrentarse cara a cara con quienes han optado por la violencia, ocupándose en todo caso de prestarles apoyo desde atrás (inteligencia, armas, logística, asesoramiento) y de establecer un cordón sanitario que encapsule el foco del conflicto para que no contamine a otros territorios.

Así se ha venido actuando en relación con Boko Haram, con el añadido (también evidente en otros casos) de que discursivamente se ha magnificado su importancia sin, por otro lado, actuar en consecuencia. Lo que queda, en esencia, es un sustrato de forzado alarmismo que responde a un cálculo interesado que busca atemorizar a la población propia, haciéndonos creer que nuestra seguridad está constantemente en peligro y que solo si estamos dispuestos a aceptar recortes en nuestro nivel de libertad y derechos podremos estar a salvo. En el delicado equilibrio entre seguridad y libertad estamos sufriendo —de manera ya muy notable desde los trágicos atentados del 11-S en Nueva York y Washington— una sostenida reducción del marco de derechos y libertades que nos definen como sociedades abiertas, empleando el miedo a una amenaza que se nos presenta como existencial y muy próxima como palanca para vencer la resistencia ciudadana al control estatal en todos los ámbitos de nuestras vidas.

Es un camino por el que, empleando en este caso el ejemplo de Boko Haram, se nos trata de convencer de que vivimos afectados por una amenaza —enloquecida, brutal y asesina, aportando generalmente más datos descontextualizados que análisis sobre su verdadera significación, causas y objetivos—, ante la que estamos obligados a desplegar nuestras fuerzas en escenarios desconocidos para la opinión pública y a incrementar la vigilancia sobre el comportamiento de quienes están entre nosotros (dado que todos somos simultáneamente potenciales víctimas y terroristas). Todo ello mientras vamos arrojando a la papelera normas éticas y morales de larga trayectoria, usos de la guerra, conceptos asentados de soberanía nacional, limitaciones al poder del Estado frente a sus ciudadanos… y siempre argumentando que son renuncias necesarias en aras de nuestra propia seguridad.

Es así como se refuerza un discurso que el entonces presidente George W. Bush empleó profusamente después del 11-S (y que el primer ministro francés, Manuel Valls, ha recogido nuevamente tras los últimos atentados de París), que nos pretende hacer creer que estamos en guerra, una palabra de connotaciones eminentemente militares que transmite la idea de que hay que responder también militarmente. Y en esa misma línea escuchamos cada vez con mayor insistencia, por boca de significados representantes de gobiernos nacionales y de la Unión Europea, que el terrorismo yihadista es la principal amenaza que pende hoy sobre nuestras cabezas.

De este modo, por un lado, se refuerza el enfoque militar como la vía preferente de respuesta, renunciando a activar otros instrumentos más adecuados si lo que se busca es realmente resolver el problema y no solo gestionarlo, tratando de ganar un tiempo que solo hará que el próximo estallido sea aún más violento. Por otro, se desenfoca directamente la realidad. Una realidad que nos dice, con datos del Global Terrorism Index 2014 —elaborado por el Institute for Economics and Peace (Instituto para la Economía y la Paz), que en el año 2013 se registraron en todo el mundo unos 10.000 atentados terroristas que provocaron la muerte de 17.958 personas (contando con que no hubo ninguna víctima mortal en la mitad de ellos). Para calibrar adecuadamente su significación interesa destacar que más del 80 por ciento de esos actos terroristas se produjeron en tan solo cinco países (Irak, Afganistán, Pakistán, Nigeria y Siria); lo que vuelve a recordarnos que el yihadismo violento tiene a ciudadanos de identidad musulmana como sus principales víctimas. De hecho, si se toman en cuenta los datos del periodo 2000-2013, en el que se han contabilizado unos 107.000 actos terroristas, tan solo el cinco por ciento de todos ellos se ha producido en un país de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Por último, entre los 13 países que el citado documento destaca como aquellos en los que cabe prever un incremento de la violencia terrorista a corto plazo, tan solo Israel y México aparecen entre los que cabe identificar como occidentales.

El terrorismo es, sin ninguna duda, una amenaza real y global (del total de los 162 países contemplados en el análisis mencionado, en 60 se han contabilizado al menos una muerte por un ataque

terrorista en el pasado año). Sus perpetradores son, preferentemente, grupos yihadistas (Daesh, Boko Haram, los diferentes grupos identificados como talibán y Al-Qaeda y sus franquicias asociadas son los responsables del 66 por ciento del total), que castigan fundamentalmente a los musulmanes y que producen 40 veces menos víctimas mortales que los homicidios (11.133 en 2012, frente a 437.000 por homicidios). Por preocupante que sea, esa (y no la interesadamente inflada por determinados gobiernos y círculos de opinión) es la dimensión ajustada de la amenaza.

Por último, no es de menor calado, bajo ninguna perspectiva, el hecho de que en la generalidad de los estados del norte de Nigeria no se haya logrado integrar plenamente en la vida nacional a numerosos colectivos que, por diferentes razones, se sienten excluidos de los beneficios de la explotación de unas riquezas tan desigualmente repartidas. Si ya las condiciones de vida en esos territorios del norte se hacen cada vez más difíciles —en el contexto de una desertificación muy visible—, el añadido de una creciente acumulación de agravios comparativos termina por complicar hasta el extremo la posibilidad de llevar adelante una vida digna para muchos de los que habitan la región. La desatención a las permanentes demandas de quienes están siendo objetivamente discriminados en función de su adscripción religiosa y/o étnica explica en gran medida la renuencia de la población local a cooperar con las fuerzas armadas y de seguridad. Por el contrario, la comprensión (cuando no la simpatía y hasta el alineamiento activo) con los métodos violentos que practica Boko Haram tiene hondas raíces, aunque solo sea como expresión de un visceral sentimiento de satisfacción por las desgracias de quien no atiende sus demandas.

Nada de eso, por supuesto, da la razón a Boko Haram, ni los convierte en genuinos representantes de esa población marginada y maltratada. Interesa que no caigamos en el error de transformar a sus iluminados dirigentes en poco menos que paladines del imperio de la ley, de la tolerancia o de la armoniosa convivencia entre distintos grupos étnicos y/o religiosos. Es bien obvio que la motivación real de los piratas somalíes que se mueven en el Cuerno de África no es la defensa de los bancos pesqueros que puedan

esquilmar flotas extranjeras o la preservación del entorno marino ante las condenables prácticas habituales en la zona de limpiar las bodegas de muchos buques, arrojando al mar restos contaminantes. Del mismo modo, es elemental concluir que Boko Haram no se ha creado para defender a los más desfavorecidos en los territorios del norte de Nigeria, por muchas que sean las desgracias que los aquejan. Pero también lo es entender que, tanto unos como otros, aprovechan tácticamente una situación estructural deplorable para sacar beneficio propio; incluso en muchos casos colgando sobre las mismas espaldas de los que dicen defender su pesada carga violenta.

En términos muy crudos, la experiencia nos enseña que solo cuando un grupo violento carece de apoyo y base social es posible eliminarlo por la fuerza, sin necesidad prácticamente de tener que activar ningún otro medio más que los de tipo estrictamente securitario (inteligencia, policía y, en el caso más exigente, con alguna contribución complementaria de las fuerzas armadas). Muy distinta es la cuestión, sin embargo, cuando hay un sustrato de desigualdad y discriminación que afecta a una parte significativa de la población de un determinado territorio. A partir de la existencia objetiva de esa realidad, sea como resultado de la acción u omisión de sucesivos gobiernos, es mucho más fácil para quien opte por la violencia sostener su apuesta contando con la indiferencia, la simpatía o, incluso, la afiliación militante de personas que entiendan y apoyen el uso de la fuerza para cambiar una situación que consideran desfavorable para ellos. Por esa misma razón, es mucho más difícil para un Gobierno poner fin a la existencia de un grupo de esas características si únicamente emplea la fuerza, sin empeñarse simultáneamente en la eliminación de las diversas causas que han creado ese generalizado sentimiento de rechazo.

Como nos enseña la experiencia acumulada en tantos otros escenarios en los que, como en el caso de Boko Haram, un grupo violento cuenta con férrea determinación de seguir matando y con una base social considerable, dado que no es posible capturar y eliminar al pez, la única opción viable es quitarle el agua que le permite seguir respirando; es decir, el apoyo de una parte significativa de la población, que le viene ofreciendo cobertura, refugio, militantes, fondos y hasta ánimos para seguir en la lucha.

Eso implica empeñarse en ganar mentes y corazones, modificando fidelidades asentadas en la historia y en el común rechazo a un poder visto como enemigo (pero también en no pocos casos en el temor a significarse como contrario al grupo dominante en un determinado territorio).

Y eso solo puede lograrse con un esfuerzo sostenido en el tiempo, activando instrumentos y mecanismos muy diversos e implicando a actores e instancias formales e informales muy variadas. Y todo ello sin garantía ninguna de éxito. Tal vez por todo eso nos encontramos en demasiadas ocasiones con que la impaciencia lleva a algunos gobiernos a tomar atajos (la opción militarista es la más obvia) que creen que les conducen directamente a una paz impuesta por la fuerza de las armas. Solo para descubrir de inmediato que ese uso de la fuerza, sin acompañamiento de otras medidas, es muy probable que termine por generar efectos contraproducentes, que sirven de motivación añadida para reemprender la senda de la violencia en cuanto el grupo golpeado ha recobrado sus capacidades.

Y esto es precisamente lo que se ha hecho hasta ahora por parte de Abuya y de quienes comparten su visión. Más allá de las respuestas militaristas, brilla por su ausencia la implementación de programas sostenidos en el tiempo que combinen, al mismo nivel de importancia, instrumentos sociales, políticos y económicos directamente focalizados en la reducción (e idealmente, eliminación) de las actuales brechas de desigualdad que llevan condenando a la falta de bienestar y a la inseguridad a la población del norte de Nigeria desde hace décadas.

E incluso en los casos puntuales en los que se ha decidido actuar en otra vía —poniendo en marcha un tímido proceso para evitar la radicalización de jóvenes que puedan verse tentados de unirse a las filas de Boko Haram, o para reintegrar a la sociedad a quienes estén realmente dispuestos a pasar página en sus vidas—, nos encontramos con que el resultado ha sido también negativo. En efecto, el programa impulsado en estos últimos años por el Servicio de Seguridad Estatal determinaba que esos jóvenes pasaban en la práctica a ser tutelados por imames que, en el mejor de los casos, eran inútiles para esa labor por falta de preparación previa, cuando

no interesados en volver a incentivar su vena más radical.

En definitiva, ni en la agenda de Abuya ni en la de las organizaciones regionales o internacionales existen programas multidimensionales de largo aliento, orientados a la resolución de los problemas que están en la base del descontento ciudadano en esos territorios. Y sabemos que, sin ellos, lo máximo que se puede lograr con la repetición de operaciones de castigo es ganar algo de tiempo hasta que la explosión se vuelva a producir, seguramente aún más violenta que la anterior.

Pero es que incluso ahora, cuando el nivel de la crisis humanitaria no hace más que aumentar, puede servir de ejemplo la cicatera respuesta de la comunidad internacional al llamamiento de Unicef para proporcionar asistencia humanitaria elemental a la población más afectada para todo el año 2015. De los 26,5 millones de dólares solicitados por la agencia, tan solo un 15 por ciento había sido desembolsado en el primer trimestre del año.

Capítulo 8

Valoración de la amenaza

En resumen, Boko Haram —que hasta 2013 apenas había realizado acciones violentas fuera de los estados de Borno, Yobe y Adamawa — es ahora mismo una amenaza sustancial en la agenda nigeriana, crecido hasta el punto de volver a controlar un territorio propio (con Gwoza como base principal de su tan ansiado como insostenible califato) y con medios suficientes para ampliar su espiral violenta no solo en los estados del norte, sino también en su vecindad, con Níger, Chad y Camerún como escenarios de combate añadidos. Por el camino ha dejado un amplio muestrario de su voluntad violenta, ya no solo matando a sus enemigos, sino añadiendo un componente de terror indiscriminado que le ha servido para dotarse de una imagen que en ocasiones facilita sus acciones, por la sencilla razón de que sus posibles víctimas huyen en lugar de combatir a las células de Boko Haram o, como mínimo, asisten pasivamente a sus tropelías. Como derivada inmediata de su planteamiento ideológico ha dedicado buena parte de su esfuerzo a atacar a cualquier tipo de representación estatal en los territorios más próximos a sus bases, pero también se ha atrevido a desarrollar acciones en la propia capital nacional. Del mismo modo, tanto los centros escolares como el personal docente y los alumnos que los frecuentan han sido objetivos explícitos de sus ataques; pero su listado de objetivos ha ido aumentando incesantemente con el paso de los días, para incluir a cristianos y musulmanes y, en general, a todo aquel que no comulgue con sus ideas.

En su afán por aparentar la misma determinación y capacidad asesina de sus mayores (Al-Qaeda, primero, y ahora Daesh) ha llevado a cabo matanzas indiscriminadas en las que no ha tenido reparo alguno en violar mujeres y niñas, decapitar, ahorcar o crucificar a quienes encuentra en su camino. Si fuera necesario mostrar hasta qué punto no reconoce límite alguno en ese ejercicio violento, bastaría con recordar que el pasado 22 de febrero emplearon a una niña de siete años como terrorista suicida, haciendo explosionar el cinturón de bombas que llevaba para matar a cinco personas y herir a otras 19 en el mercado de Potiskum (capital económica del estado de Yobe). Esa extrema violencia, que

incluye la destrucción sistemática de infraestructuras, medios de vida y viviendas, busca además atraer a sus filas a quienes se sientan llamados a la violencia y a quienes estén dispuestos a financiar el yihadismo en la región. Es así como han logrado aumentar sus efectivos y disponer de más recursos con los que incrementar su radio de acción más allá de sus feudos tradicionales. Todo ello facilitado por una ineficaz respuesta gubernamental y una notable pasividad internacional.

A pesar de todo ello, es importante no dejarse llevar por el discurso que tanto Abuya como los promotores de la "guerra contra el terror" tratan de imponer, sobredimensionando la amenaza de Boko Haram hasta convertirla en global. Para ponderar adecuadamente lo que representa, debemos considerar que Boko Haram:

Conserva la voluntad y capacidad de matar tras las recientes elecciones presidenciales. De hecho, en esos mismos días (28 y 29 de marzo) mató a unas cuarenta personas y logró vaciar por la fuerza algunos colegios electorales; aunque no consiguiera con ello paralizar el proceso. El día 1 de abril volvió a reemprender los ataques, como el que afectó a Malam Fatori (Chad), provocando la muerte de nueve soldados de esa nacionalidad, y cinco días más tarde asesinó a una cincuentena de ciudadanos en el estado de Borno, mezclándose con la población civil disfrazados de religiosos. El 17 de ese mismo mes volvió a actuar en Camerún, matando al menos a diez personas en dos localidades del distrito de Kolofata.

No tiene capacidad real para implantar un califato. Son varias las ocasiones en las que ha llegado a controlar físicamente un limitado territorio y varias también las que ha tenido que abandonarlo ante la presión de las operaciones de castigo que han debilitado sus fuerzas. Aunque la experiencia de haber proclamado ya en el pasado la creación de un califato (un concepto más legendario que real a efectos prácticos) y de haberlo visto caer ante el empuje de un enemigo netamente superior debería haberle desaconsejado repetir el mismo error, desde agosto de 2014 ha vuelto a intentarlo, esta vez en Gwoza (estado de Borno). Más allá de su delirante ensoñación, resulta muy claro que no tiene medios propios, ni complicidad de un número suficiente de simpatizantes y apoyos

políticos y económicos para poder sostener una apuesta de estas características. Eso no es óbice para que, cuando el actual sea desmantelado, vuelva a intentarlo en el futuro.

Lucha por su mera supervivencia. Aunque sus brutales acciones violentas podrían dar a entender lo contrario, no ha logrado ampliar su radio de acción más allá de los estados del norte que han sido su espacio habitual de macabras correrías (incluyendo las zonas fronterizas con Níger, Chad y Camerún), con muy esporádicos atentados en Abuya y sin posibilidad de golpear en la capital económica del país, Lagos.

No es, como se quiere presentar con frecuencia, un mero juguete en manos de políticos del norte o del estamento islamista tradicional de la región para presionar a Abuya en búsqueda de compensaciones en su propio beneficio. Si en su origen cabe encontrar conexiones tanto religiosas —puesto que nació en el seno de un islamismo radical ya muy consolidado en la zona— como políticas —como ya se mencionó en referencia al gobernador Ali Modu Sheriff—, hace ya mucho que Shekau controla su propia agenda. De hecho, a lo largo de estos últimos años, Boko Haram ha procurado eliminar a representantes de esos círculos elitistas, críticos con la deriva violenta tanto de Yusuf, en su día, como de Shekau, desde 2009.

Presenta un desafío de mayor alcance que el que supuso en su momento el de la emergencia de grupos violentos en el delta del Níger. En aquella ocasión el eje del problema era el reparto de las riquezas petrolíferas, con la intención de los actores locales armados de obtener un mayor trozo de la tarta nacional. Y ni así —con una amnistía diseñada ex profeso para facilitar la reintegración de los combatientes y con una generosa entrega de fondos a sus milicianos — se logró pasar página definitivamente. En el caso de Boko Haram las reclamaciones van mucho más allá de corregir la discriminación que sufre la población del norte, para abarcar el desmantelamiento del aparato estatal impuesto por Abuya, la implantación de la sharía y la transferencia del poder a manos de los dirigentes del grupo, escasamente sensible a otras visiones y modelos de organización social, política o económica. Visto así, no es exagerado decir que la insensibilidad de Goodluck Jonathan con los estados del norte y los

errores cometidos en su manera de tratar las demandas de la población de esos territorios tienen mucho que ver con el auge de Boko Haram en estos últimos tiempos.

No es un grupo terrorista al uso. Como ocurre en muchos otros casos, en su intento por imponer sus ideas y alcanzar sus objetivos combina una amplia diversidad de modalidades de acción violenta, desde las de combate convencional a las de carácter insurgente y a los atentados terroristas. En este punto interesa recordar que el terrorismo no es más que una modalidad de acción a la que actores muy distintos pueden recurrir en un momento determinado de su estrategia de oposición contra un determinado enemigo. Salvo en los casos en los que esa modalidad sea la única, algo que no ocurre en referencia a Boko Haram, definir como terrorista a un grupo que practica otros métodos para lograr sus objetivos sirve de muy poco para responder adecuadamente a la amenaza que pueda representar. Son ya tantos los casos (Afganistán, Irak, Siria, Yemen y tantos otros vienen inmediatamente a la memoria reciente) en los que esa interesada ceguera ha llevado a adoptar medidas ineficaces (preferentemente militaristas) para resolver el problema, que no deja de sorprender que también en esta ocasión se siga la misma pauta.

Es solo una de las fuentes de inseguridad que caracterizan a Nigeria. Existe un generalizado consenso que identifica a la violencia intracomunitaria como la más letal, y no es infrecuente que sucesos ligados a esta última sean asignados a Boko Haram; algo que, aunque solo sea por entender que magnifica su capacidad operativa, no siempre es desmentido posteriormente por sus portavoces. Ese tipo de violencia endémica es el resultado de una amalgama de factores que se remontan a la creación de la actual Nigeria y al reparto de papeles que los colonizadores británicos establecieron durante su dominio y la posterior descolonización; a los que se suman elementos de confrontación étnica, religiosa y hasta de rivalidad clásica entre ganaderos/pastores y agricultores peleando por tierra y agua[42]. Esto significa que la hipotética eliminación del problema que supone Boko Haram no supondría en ningún caso el fin de los problemas para Abuya.

Ni Boko Haram ni la violencia intracomunitaria tienen el potencial

suficiente para hacer colapsar el Estado tal como lo conocemos desde 1960; pero constituyen problemas suficientemente serios como para limitar el desarrollo pleno de las enormes potencialidades que atesora el país.

Dicho lo anterior, en términos macroeconómicos su actividad violenta apenas ha afectado a la economía nacional; sobre todo si se compara con el impacto que produjo en su día la explosión violenta del delta del Níger. En realidad, el rendimiento económico de la mitad sur del país, donde se concentra el foco principal de actividad (incluyendo a Lagos), se ha mantenido desde el inicio del presente siglo en niveles que incluso cabría calificar de extraordinarios. En sus dimensiones actuales (y es difícil imaginar que vaya a aumentar de orden de magnitud) es, por tanto, un problema perfectamente asumible para la economía nacional.

Su desafío es, básicamente, localista, con algunas irradiaciones hacia las zonas fronterizas con Níger, Chad y Camerún. Eso significa, desde la perspectiva internacional, que no hay intereses vitales en peligro para ninguna de las potencias occidentales con presencia en la región de África occidental. En consecuencia, tampoco cabe imaginar que vaya a producirse una intervención directa y masiva de contingentes militares no africanos para combatir a las huestes de Boko Haram. Por su parte, y aunque ha habido excepciones (como el ataque a las instalaciones de la ONU en la capital federal en 2011), es bien evidente que el grupo yihadista procura no atacar objetivos extranjeros para no complicarse aún más la vida, activando una mayor respuesta internacional.

Ha sabido ganar apoyos y simpatías más allá de su originario núcleo territorial (Maiduguri, estado de Borno) y étnico (kanuri). Eso significa que no es un cuerpo extraño en el marco social de los estados donde ha conseguido arraigarse, saboreando las mismas fuentes en las que muchos grupos radicales islámicos han bebido con anterioridad. El intento de instaurar un islam puro y estricto, que elimine las desviaciones que ellos interpretan que se han ido produciendo a lo largo de los siglos, es una constante local en la que Boko Haram se incardina como una más de las entidades Ahlus Sunnah wal Jama'ah, potenciando en todo caso la opción violenta

para acelerar la consecución de su objetivo.

No parece fácilmente inclinado a la negociación. Los escasos intentos por encontrar un punto de encuentro se han saldado con sonoros fracasos. En septiembre de 2011 se produjo el primero, en Maiduguri, entre el expresidente Olusegun Obasanjo y Babakura Fugu, cuñado de Yusuf; pero se cortó abruptamente, antes de que pudiera producir algún resultado, con el asesinato de Fugu pocos días después, probablemente a manos de dirigentes de Boko Haram contrarios a ese tipo de contactos (aunque el propio Shekau condenó el asesinato). En marzo de 2012 se registró una segunda tentativa, cuando Boko Haram eligió al jeque Ahmed Datti (presidente del Consejo Supremo de la Sharía en Nigeria) como su mediador ante el Gobierno central; pero inmediatamente abandonó esa tarea, criticando al Gobierno por haber filtrado los contactos a la prensa. Todavía en agosto de ese mismo año se produjeron reuniones secretas, en Arabia Saudí, entre Abu Mohamed (segundo de Shekau) y Namadi Sambo (vicepresidente de Nigeria); pero tampoco se logró avanzar un solo paso. Lo que enseñan esos diferentes intentos es que la verdadera dificultad no está tanto en su sensación de fortaleza (más ficticia que real) como en su radicalidad ideológica. Es ese el principal obstáculo a la hora de promover el entendimiento con un grupo que se considera en posesión de una verdad incuestionable y que pretende imponerla por la fuerza. Los ejemplos de los escasos acercamientos registrados hasta la actualidad dan a entender que, en las condiciones presentes y mientras Shekau siga al frente de la organización, esta vía de resolución del problema está prácticamente cerrada, salvo que su debilidad sea tan notoria que se vea obligado a buscar alguna componenda que le permita sobrevivir.

A pesar de las apariencias está en situación de inferioridad con respecto a las fuerzas militares y de seguridad nigerianas y a las de los países vecinos que ya se han desplegado sobre el terreno en el que se mueve Boko Haram. En otras palabras, está actuando por encima de su verdadero peso y, en consecuencia, tiene los días contados. Al igual que le está sucediendo a Daesh en Siria e Irak, ha traspasado el umbral que corresponde a sus capacidades reales. En realidad hace tiempo que ha entrado en una huida hacia adelante, abriendo múltiples frentes y provocando la activación de numerosos

actores mucho más poderosos que sienten amenazados sus propios intereses. En consecuencia, cabe augurar que sufrirá un nuevo desplome a medio plazo, que le llevará a tener que reducir nuevamente su radio de acción y el número y nivel de sus acciones violentas. Todavía podrá, por supuesto, realizar acciones espectaculares y muy gravosas para la población local, golpeando no solo en sus territorios habituales sino también en los países vecinos. Pero no tiene recursos físicos, ni humanos, ni financieros suficientes para sostener el posible territorio que puntualmente pueda tomar, controlando de manera efectiva a la población que lo habite y resistiendo el previsible golpe por parte de quienes ya han decidido pasar al ataque. Eso no quiere decir que su derrota definitiva esté próxima. A estas alturas parece claro que ha logrado dotarse de medios propios de suficiente entidad como para permitirle prolongar su activismo violento durante años, con altibajos como los que ya ha vivido hasta aquí.

Pretende representar a la vanguardia de los movimientos antisistema. Su lucha es de raíz eminentemente religiosa, centrada en el objetivo de eliminar el modelo vigente de organización social, política y económica, para sustituirlo por otro basado en una interpretación rigorista de la sharía. No aspira a compartir el poder sino a conquistarlo y acapararlo en su totalidad. Y solo de manera instrumental hace referencia en su discurso a la lucha contra la pobreza o la corrupción, en la medida en que considera que así logrará recabar mayores simpatías para su causa. En su visión idealizada da por sentado —sin haber dado a conocer ningún documento con mínimos detalles sobre la vía para lograrlo— que con su modelo esos problemas simplemente no existirían.

No es hoy más fuerte que ayer por haber expresado su lealtad a Daesh. Como ya ocurriera anteriormente, cuando se alineó públicamente con Al-Qaeda, la decisión tiene mucho más de simbólica y mediática que de paso efectivo. Por un lado, responde a los sueños de grandeza de Shekau y sus compañeros de viaje, deseosos de ser reconocidos como parte de la marca yihadista que más impacto global está teniendo actualmente (lo cual supone admitir que, por sí mismos, recaban apenas una atención marginal). Por otro, como ya se ha señalado, le sirve como reclamo tanto para potenciales combatientes yihadistas como para posibles

financiadores, tratando de atraer la atención de unos y otros en un entorno de creciente competencia entre grupos violentos por obtener más recursos. Si además de eso consigue aprovecharse de la mayor experiencia y capacidad de quien se está enfrentando a fuerzas militares tan poderosas como las estadounidenses y otras similares en Siria e Irak, puede considerar que bien ha valido la pena haber realizado ese gesto de pleitesía. De todas formas, no hay que suponer que por ello vaya a ver aumentadas sus capacidades reales para imponerse a quienes hoy pretenden borrar su huella. La aceptación por parte de Shekau de la autoridad del autoproclamado califa Ibrahim (Ibrahim Awwad Ibrahim Ali al-Badri al-Samarrai, alias Abubaker al-Bagdadi), líder de Daesh, no significa en ningún caso que se subordine operativamente a su dictado. A sus ojos cabe suponer que lo toma como una referencia válida, como modelo a seguir (de hecho, cuando en agosto de 2014 proclamó un califato en Gwoza, hizo mención al que Al-Bagdadi había proclamado un mes antes), en línea con lo que el egipcio Ansar Beit Al-Maqdis, el argelino Jund al-Khilafa (escisión de Al-Qaeda en el Magreb Islámico) y el libio Ansar al-Sharía hicieron también en aquellos mismos días.

En función de la fantasía novelada que se ha ido construyendo en torno a Boko Haram, en una mezcla de realidad y ficción alimentada irresponsablemente por medios de comunicación sensacionalistas y por gobiernos y organizaciones interesados en sobredimensionar al enemigo para así intentar darse más importancia y justificar sus respuestas violentas, se ha llegado a un punto en el que es fácil perderse. Shekau y los suyos son una amenaza bien real, sobre todo para los que tienen más cerca. Su voluntad de matar a los que no compartan sus ideas es absoluta y, desgraciadamente, cuentan con medios propios y apoyos para seguir adelante por esa vía. Pero ni vinculado al resto de los grupos terroristas yihadistas actualmente operativos (sea en la órbita de la red Al-Qaeda o en la más reciente impulsada por Daesh), ni por supuesto en solitario, constituye una amenaza de tal entidad que tenga sentido erigirla en la clave de bóveda de la arquitectura de seguridad internacional.

Otra de las confusiones que está generando la incesante difusión de rumores y declaraciones sin contrastar sobre adscripciones de grupos violentos a Al-Qaeda o a Daesh es la de hacer creer que el yihadismo global está aumentando a ojos vista su volumen de efectivos. La realidad nos dice que lo que está ocurriendo, sobre todo, es que se está fragmentando, con frecuentes escisiones de grupos que ayer se alineaban con una red (Al-Qaeda o alguna de sus franquicias) y hoy lo hacen con otra (Daesh).

Capítulo 9

¿Y ahora qué?

Muhamadu Buhari lo tiene al menos igual de difícil que su antecesor. Su victoria en las urnas no supone ningún bálsamo de Fierabrás que vaya a curar a Nigeria de todos sus males como por ensalmo. Unos males que no han hecho más que agravarse durante el controvertido mandato de Goodluck Jonathan (como lo ejemplifica el hecho de que haya perdido más de 10 millones de votos con respecto a los resultados que obtuvo en 2011). En todo caso, la desaparición de este último de la escena política (algo que no conviene dar por descontado) elimina un obstáculo considerable para iniciar los procesos de reforma que están pendientes desde hace demasiado tiempo. También, sin lugar a dudas, es muy positivo que se hayan podido celebrar las elecciones sin que Boko Haram haya sido capaz de impedirlo (lo que vuelve a señalar que, sin negarle importancia a su desafío, no tiene en realidad las portentosas capacidades que con demasiada alegría se le atribuyen). Por último, tanto o más destacable es el hecho de que se haya producido una transición pacífica del poder, sin que los vencidos hayan pretendido descalificar los comicios o cuestionar la victoria de sus oponentes.

Entre los principales méritos que Buhari puede presentar hoy a los nigerianos destaca, en primer lugar, su aguante para recuperarse de tres derrotas sucesivas como candidato presidencial (en 2003, 2007 y 2011), sin darse definitivamente por vencido. Además, ha logrado superar su estigma originario, que lo identifica como el cabecilla de un golpe de Estado que lo aupó a la presidencia en el periodo 1983-1985. A pesar de que el balance de su mandato no fue precisamente brillante, ni se distinguió durante aquella etapa por su perfil democrático y dialogante, hoy los nigerianos han optado por confiar mayoritariamente en él, otorgándole tres millones de votos más que a su rival. Más relevante aún, al contabilizar sus cualidades de partida, es el hecho de que haya conseguido unificar a los cuatro partidos de oposición que han confluido en el All Progressives Congress, poniendo fin al monopolio que el Partido Popular Democrático mantenía desde la entrada de Nigeria en la senda

democrática (1999).

Su condición de norteño (nacido en Daura, estado de Katsina), musulmán y exmilitar, con una dilatada carrera política (que incluye haber sido ministro del Petróleo con Obasanjo como presidente) y sin sombra de sospechas de corrupción (se le conoce localmente como mai gaskiya, "el honesto" en hausa) le confiere ventajas adicionales para desarrollar la ingente tarea que tiene por delante. En su afán por crearse una imagen positiva ante la ciudadanía ha procurado presentarse como un "demócrata converso" —abierto al diálogo y al respeto a sus críticos—, un musulmán tolerante —capaz de representar y defender a los creyentes de todas las religiones practicadas en Nigeria, como lo demuestra el hecho de que cuente con significativos apoyos entre los cristianos— y férreo defensor de la igualdad social, tanto étnica como religiosa. Políticamente contará también con la ventaja de que, con su victoria en las últimas elecciones legislativas celebradas el pasado 11 de abril, su partido ha acaparado la mayoría de los puestos de gobernador. De ese modo, cree contar con el bagaje personal adecuado y con una considerable maquinaria administrativa y de poder fáctico para poder desarrollar los once puntos del Pacto con los nigerianos que estableció como programa personal de su mandato en el congreso del partido, celebrado en marzo de 2015.

Aun así, tras su toma de posesión del sillón presidencial el 29 de mayo de 2015, acompañado de Yemi Osinbajo como vicepresidente (yoruba, nacido en Lagos y cristiano), tendrá que lidiar con una herencia explosiva derivada de problemas que se han ido enquistando hasta hipotecar en buena medida su futuro. A lo largo de la campaña electoral ya el propio Buhari destacó la corrupción y la violencia como los asuntos prioritarios de su agenda. Pero en realidad el listado es mucho más amplio, puesto que debe incluir asuntos pendientes de resolver tanto en el capítulo sociopolítico como en el económico y, por supuesto, en el de seguridad.

Sin caer en el error de pensar que todos los problemas que sufre Nigeria son de raíz económica y que, en el fondo, todo se soluciona con dinero, es evidente que la situación por la que están atravesando los mercados mundiales de petróleo supone un serio

problema para los gobernantes nigerianos. Nigeria, a pesar de sus variados intentos de diversificación, sigue siendo una economía muy dependiente del petróleo. Los beneficios obtenidos a partir de una producción diaria de unos 2,4 millones de barriles suponen en torno al 40 por ciento del producto interior bruto (PIB), el 80 por ciento de los ingresos fiscales y no menos del 95 por ciento de todo lo obtenido por exportaciones. Es, con diferencia, la fuente más importante para mantener el alto ritmo de crecimiento económico que la ha convertido en la primera economía africana y, más relevante aún, para comprar la paz social. Abuya es consciente de que, en muchos casos, solo el maná petrolífero consigue acallar protestas o frenar procesos desestabilizadores que podrían llevar a determinados colectivos a inclinarse por métodos violentos para defender sus intereses o para lograr lo que no obtengan en una mesa de negociación.

El dilema en este sentido es triple. Por una parte, Nigeria está experimentando serios problemas de eficiencia de su infraestructura petrolífera, con altibajos muy notables en su capacidad productiva. Para retomar una senda de crecimiento sostenido parece imprescindible contar con nuevas inversiones, tanto financieras como tecnológicas; pero hasta ahora no ha sido posible aprobar una nueva ley para el sector que garantice los intereses nacionales y, al mismo tiempo, atraiga a potenciales inversores internacionales. El retraso acumulado ya ha dejado sentir sus efectos en una pérdida neta de cuota en los mercados internacionales. Por otra, no ha sido posible poner fin al ya mencionado bunkering, que Shell estimaba recientemente en unos 6.000 millones de dólares al año. Por último, si se tiene en cuenta que Nigeria necesita un barril de petróleo a 120 dólares para poder equilibrar su presupuesto, es inmediato entender que la significativa caída de los precios mundiales del petróleo se traduce en enormes dificultades para cuadrar las cuentas nacionales. Como consecuencia combinada de estos factores el FMI prevé que en 2015 el crecimiento económico rondará el 4,7 por ciento, cuando un año antes fue del 6,3 por ciento.

Visto desde otra perspectiva, y aunque los datos aún sigan siendo positivos, tampoco resulta tranquilizador constatar cómo se está reduciendo la tasa de cobertura de la balanza comercial. Si en 2012 esa balanza presentaba un superávit de 50.591 millones de euros

(con una tasa de cobertura del 227,45 por ciento), en 2014 ha pasado a ser de 25.816 (con una cobertura del 153,85 por ciento). A tenor de los resultados obtenidos hasta ahora y de los condicionantes estructurales que lastran el inmediato futuro (recordemos, por ejemplo, que el 59 por ciento de la población es analfabeta), no hay en el horizonte ninguna alternativa económica que pueda reducir sustancialmente la dependencia del sector de hidrocarburos.

Con esos datos en mente, Buhari sabe que no podrá fácilmente revertir las dinámicas desestabilizadoras que pueden complicar hasta el extremo su gestión. Así, sin salirnos del terreno económico, no es sencillo imaginar cómo va a poder mejorar el nivel de bienestar del conjunto de una población en sostenido aumento demográfico (con más del 70 por ciento del total con menos de 30 años de edad), con crecientes demandas de educación, sanidad, vivienda y trabajo. Del mismo modo, queda por ver cómo podrá reducir el generalizado sistema de subsidios, especialmente los de los precios de la energía, sabiendo que eso puede disparar nuevos brotes de crítica y movilización ciudadana.

Simultáneamente, Buhari se tendrá que mover en un sistema político que, aunque formalmente sea democrático, hunde sus raíces en el más rancio clientelismo. Un sistema escasamente interesado en dejar entrar aire fresco que pueda poner en peligro prebendas personales y esquemas de comportamiento que garantizan determinadas cuotas de poder, sea a nivel tribal o en cada uno de los distintos niveles de poder formal en los que se ha ido estructurando Nigeria en este último medio siglo. Muy estrechamente ligado a ese modelo de organización política ha florecido una corrupción generalizada, muy enquistada en todos los ámbitos de poder, con capacidad para lastrar considerablemente el desarrollo nacional y, por definición, muy difícil de eliminar. La primera prueba política del nuevo presidente en este terreno será su capacidad para atraer a las elites tradicionales del norte, implicándolas en el proceso de cambio. Unas elites que no han dudado en mirar para otro lado cada vez que Boko Haram lleva a cabo sus brutales ataques y que, en no pocos casos, incluso han intentado vincularse de alguna manera al grupo calculando que de ese modo podrían presionar de manera más efectiva a Abuya para

lograr más privilegios. Romper esos vínculos no será tarea sencilla para Buhari, sobre todo si, como ha proclamado durante la campaña, quiere alejarse de las prácticas clientelistas y corruptas tan habituales en estos últimos años.

Todo ello sin olvidar la necesidad de impedir que se imponga una dinámica revanchista contra los que ahora acaban de ser derrotados en las urnas y de comprometer al propio Goodluck Jonathan en esta nueva etapa, en la que, entre otras cosas, necesitará calmar a quienes en el delta del Níger puedan ahora sentirse relegados. De hecho, a los pocos días de su derrota ya circulaba el rumor de que Buhari podría contar con él para algún puesto de especial relevancia, con un ojo puesto en la necesidad de mantener canales de diálogo abiertos con los actores del delta del Níger que habían sido bien atendidos por un sureño como Jonathan.

En el ámbito de la seguridad su tarea no será, desde luego, de menor envergadura. Como ya ha quedado dicho, Nigeria tiene abiertos varios frentes de creciente violencia y en ninguno de ellos hay indicios de mejora a corto plazo. Así es, tanto en lo que respecta a la piratería en el golfo de Guinea —contando con que la armada nigeriana apenas cuenta con 8.000 efectivos, una fragata, una corbeta, 110 lanchas de patrulla costera y cinco helicópteros— como a los indicios de posible recrudecimiento de la violencia en el delta del Níger, como a los frecuentes y mortales choques intracomunitarios. Boko Haram, evidentemente, es un elemento central de esa ecuación de seguridad tan compleja que Buhari debe intentar resolver. A la espera de ver cómo encara el problema en la práctica, lo que de momento ha dado a entender es que no piensa en ningún caso negociar con sus dirigentes, sino más bien incrementar la presión militar sobre el grupo, persiguiéndolo en todos los rincones del país y solicitando ayuda tanto a sus vecinos como a la comunidad internacional para lograr su erradicación completa.

No parece esta la mejor manera de encarar una amenaza que, como ya se ha dicho, es algo más que terrorista y tiene relevantes apoyos sociales y económicos. Si algo puede tener claro ya desde ahora Buhari es que Boko Haram no será derrotado exclusivamente por la fuerza de las armas. Podrá, en el mejor de los casos, rebajar

temporalmente su capacidad de combate, eliminar a algunos de sus dirigentes y reducir el territorio en el que pueda moverse con cierta tranquilidad. Pero la insistencia en otorgar el protagonismo a las fuerzas armadas y policiales —con el nefasto añadido de la contratación de mercenarios, en un ejemplo de impotencia estatal imposible de ocultar— augura mayores problemas en el futuro.

A estas alturas deberían bastar los ejemplos de tantos fracasos militaristas cosechados contra grupos insurgentes y terroristas con un grado de resiliencia contrastado a lo largo de años y con conexiones reales con colectivos que se sienten marginados por parte de gobiernos escasamente sensibles a sus demandas, para abandonar la tentación securitaria de golpear aún más fuerte, confiando en que todo sea cuestión de emplear más y más violencia para extinguir completamente la llama. Sin embargo, a tenor de lo escuchado hasta ahora, no parece que el nuevo presidente vaya a modificar el rumbo de una estrategia que carece de medidas sociales, políticas y económicas que procuren segar la hierba bajo los pies de los yihadistas, tratando de ganarse la comprensión de una población que poco o nada espera de Abuya.

Mientras tanto, la amenaza de Boko Haram no da señales de remitir a corto plazo; incluso tras haberse iniciado la operación conjunta de varios ejércitos locales, con el apoyo de maquinarias tan potentes como la estadounidense y la francesa. Es previsible que el impacto de esa movilización regional, si finalmente se completa el despliegue previsto y se sostiene en el tiempo, termine por afectarle seriamente. Pronto podrá comprobar que ha ido más allá de sus verdaderas fuerzas, excediéndose al ampliar su radio de acción hasta zonas tan alejadas de sus bases que le resultará prácticamente imposible alimentar logísticamente sus despliegues. Eso hará que aumente su vulnerabilidad frente a unas fuerzas armadas que, a pesar de sus significativas carencias, podrá tanto cortar las vías de suministro de Boko Haram como concentrar tropas suficientes para poder provocarle serias pérdidas.

De hecho, las últimas noticias que llegan de la zona hablan del desmantelamiento del feudo de Gwoza y de la entrada de las fuerzas de la coalición regional en el bosque de Sambisa, donde se escondía un buen número de combatientes de Boko Haram tratando

de evitar el cerco que se ha ido estrechando contra ellos en estos meses pasados. Son señales evidentes de que el impacto de la ofensiva está siendo doloroso para Shekau y los suyos y de que, probablemente, el grupo se vea obligado a reducir su nivel de actividad, para darse tiempo a recomponer fuerzas y para esperar a que amaine la operación en su contra.

Todo eso entra dentro de lo previsible. Pero también entra que, aunque buena parte de sus combatientes sean eliminados en la batalla, seguirá conservando medios para seguir adelante en su delirante apuesta califal. Aunque ralentice el ritmo de sus operaciones, eso no lo hará más inclinado a negociar y mucho menos a pactar su desmantelamiento definitivo. Boko Haram no tiene ni tendrá en el futuro capacidad para chocar frontalmente e imponerse a las fuerzas armadas y policiales nigerianas —en las que cabe suponer que ha logrado establecer informantes—; pero sí la tiene para seguir manteniendo un pulso de larga duración, combinando acciones insurgentes, terroristas y de combate convencional en determinadas circunstancias. Solo si se logra aislarlo completamente de la población que actualmente le sirve de refugio y apoyo (quitar el agua al pez), con políticas explícitamente diseñadas para poner fin a largos años de discriminación y olvido, se podrá aspirar a pasar realmente página.

Pero eso demanda, sin más rodeos ni dilaciones, una profunda reforma del Estado. Y, de momento al menos, no está claro que sea eso lo que Buhari tiene en mente. Si asume su cargo con la única ambición de gestionar la herencia recibida, lo más probable es que utilice sus buenos contactos en los estados del norte para atraer a su bando a quienes puedan ayudarle a rebajar la amenaza de Boko Haram. Siguiendo las pautas habituales, eso le llevaría a respetar el statu quo imperante, repartiendo prebendas entre políticos (caciques) bien asentados en sus respectivos estados, dando nuevo protagonismo a los hausas en las altas instancias del ejército y la policía y hasta mostrándose magnánimo con algunos dirigentes de Boko Haram, si deponen las armas. Pero actuar de ese modo no solo no le garantiza en modo alguno la resolución del problema que plantea la deficitaria situación de la mitad norte del país, sino que puede incentivar reacciones violentas en otros Estados. En concreto, ese juego de compensaciones fruto del mero cálculo clientelar

tradicional bien puede volver a despertar al MEND y otros grupos del delta del Níger, malacostumbrados a ver sus bolsillos llenos a cambio de renunciar a las armas.

Por si eso no fuera una razón suficiente para que los nuevos gobernantes rompan amarras con prácticas y modelos tan agotados como ineficaces, hay que recordar que Nigeria está llamada a ser una potencia continental y un actor relevante en el escenario internacional. No en vano ha sido calificada como uno de los "próximos once"[43] y se prevé que a mitad de siglo ya esté situada entre las veinte primeras economías del planeta. Pero para poder confirmar esas predicciones necesita primero poner en orden su casa, procurando asentarse como un Estado de derecho capaz de atender las necesidades básicas de su creciente y joven población, reduciendo a niveles aceptables las enormes brechas que hoy existen y recuperando el monopolio del uso de la fuerza en todos los rincones de su territorio. Solo a partir de la consecución de esos objetivos será posible que Nigeria desarrolle todas sus potenciales en África Occidental y que sus vecinos lo reconozcan abiertamente como un líder con autoridad y atractivo.

Hoy Boko Haram va camino de la nada. En todo caso, seguirá provocando sufrimiento durante un tiempo, con altibajos que harán pensar intermitentemente a unos y otros en términos de victoria aplastante y de derrota vergonzosa. Su planteamiento, tanto ideológico como territorial, no tiene viabilidad ninguna; lo que no quita para que sus dirigentes y militantes sigan empeñados en llevar la contraria a la historia de tantos como ellos. Pero su fracaso total no puede ser visto como una fruta madura que terminará cayendo con el tiempo. Para llegar a ese punto es preciso adoptar una estrategia que vaya mucho más allá de la compra de determinadas voluntades políticas y de la erradicación manu militari de los que hoy han tomado las armas. Si Buhari no asume la necesidad de pilotar una reforma estructural del modelo social, político y económico que se encuentre a su llegada a la presidencia, entonces también Nigeria estará caminando hacia la nada.

Bibliografía

Abimbola, Adesoji (2010): “The Boko Haram Uprising and Islamic Revivalism in Nigeria”, Africa Spectrum, 45, 2, pp. 95-108 [http://journals.sub.uni-hamburg.de/giga/afsp/article/view/330].

Amnesty International (2015): Our Job is to Shoot, Slaughter and Kill: Boko Haram’s Reign Of Terror, Amnesty International, Londres [https://www.amnesty.org/download/Documents/AFR4413602015ENGLISH.PDF].

Bøås, Morten (2012): “Violent Islamic Uprising in Northern Nigeria: from the ‘Taleban’ to Boko Haram II”, Norwegian Peacebuilding Resource Centre/Norsk Ressurssenter for Fredsbygging (NOREF) [http://www.peacebuilding.no/Regions/Africa/Nigeria/Publications/Violent-Islamist-uprising-in-northern-Nigeria-from-the-Taleban-to-Boko-Haram-II].

Bolaños, Jorge (2014): “Boko Haram: la bandera negra que ensombrece Nigeria”, Documento de Análisis. Instituto Español de Estudios Estratégicos, nº 34/2014, 1 de julio [http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/ 2014/DIEEEA34-2014_BanderaNegra_BokoHaram_JBM.pdf].

Campbell, John (2014): “Boko Haram: Origins, Challenges and Responses”, Norwegian Peacebuilding Resource Centre/Norsk Ressurssenter for Fredsbygging (NOREF), [http://www.cfr.org/nigeria/boko-haram-origins-challenges-responses/p33643].

Díez Alcalde, Jesús (2015): “Elecciones en Nigeria: el triunfo de Buhari y sus retos de futuro”, Documento de Análisis. Instituto Español de Estudios Estratégicos, nº 20/2015, 9 de abril [http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2015/DIEEEA20-2015_Nigeria_Elecciones_JDA.pdf].

Echeverría, Carlos (2014): “El desafío terrorista de Boko Haram en

Nigeria", Documento de Investigación. Instituto Español de Estudios Estratégicos, nº 2/2014 [http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_investig/2014/DIEEEINV02-2014_Region_Africa_subsahariana_C.Echeverria.pdf].

Ejodame, Akinola (2012): "Engaging Boko Haram: Militarization, Mediation, or Both?", International Peace Institute (IPI) Global Observatory, 26 de septiembre [http://theglobalobservatory.org/2012/09/engaging-boko-haram-militarization-mediation-or-both/].

Higazi, Adam (2013): "Les origines et la transformation de l'insurrection de Boko Haram dans le Nord du Nigeria", Politique Africaine, 2/2013, nº 130, pp. 137-164.

Institute for Economics & Peace (2015): Global Terrorism Index 2014: Measuring and Understanding the Impact of Terrorism [http://www.visionofhumanity.org/sites/default/files/Global%20Terrorism%20Index%20Report%202014_0.pdf].

International Institute for Strategic Studies (2011): "Boko Haram: Nigeria's Growing New Headache", Strategic Comments, vol. 17, nº 9.

— (2015): The Military Balance 2015, Routledge, Londres.

Laborie, Mario (2013): "¿Quién es Ansaru?", Documento Informativo. Instituto Español de Estudios Estratégicos, nº 5/2013, 23 de enero [http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_informativos/2013/DIEEEI05-2013_Quien_es_Ansaru_MLI.pdf].

Luntumbue, Michel (2013): "Le Nigéria dans la géopolitique ouest-africaine: atouts et défis d'une puissance émergente", Note d'Analyse du Groupe de Recherche et d'Information sur la Paix et la Sécurité, 18 de julio [http://www.grip.org/fr/node/941].

Mantzikos, Ioannis (ed.) (2013): Boko Haram, Anatomy of a Crisis, E-International Relations, Bristol [http://www.e-ir.info/wp-content/uploads/Boko-Haram-e-IR.pdf].

Núñez, Jesús, Hageraats, Balder y Kotomska, Malgorzata (2008):

Terrorismo internacional en África. La construcción de una amenaza en el Sahel, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Perry, Alex (2014): The Hunt for Boko Haram. Investigating the Terror Tearing Nigeria Apart, Newsweek Insights.

Onuoha, Freedom C. (2012): Boko Haram: Nigeria's Extremist Islamic Sect, Al Jazeera Centeer for Studies.

Smith, Mike (2015): Boko Haram: Inside Nigeria's Unholy War, IB Tauris.

Unicef (2015): Missing Childhoods. The Impact of Armed Conflict on Children in Nigeria and Beyond, Unicef [http://www.unicef.org/media/files/Child_Alert_MISSING_CHILDHOODS_Embargo_00_01_GMT_13_April.pdf].

US Department of State (2014): Country Reports on Terrorism 2013, United States Department of State Publication, Bureau of Counterterrorism [http://www.state.gov/j/ct/rls/crt/2013/].

Otros recursos

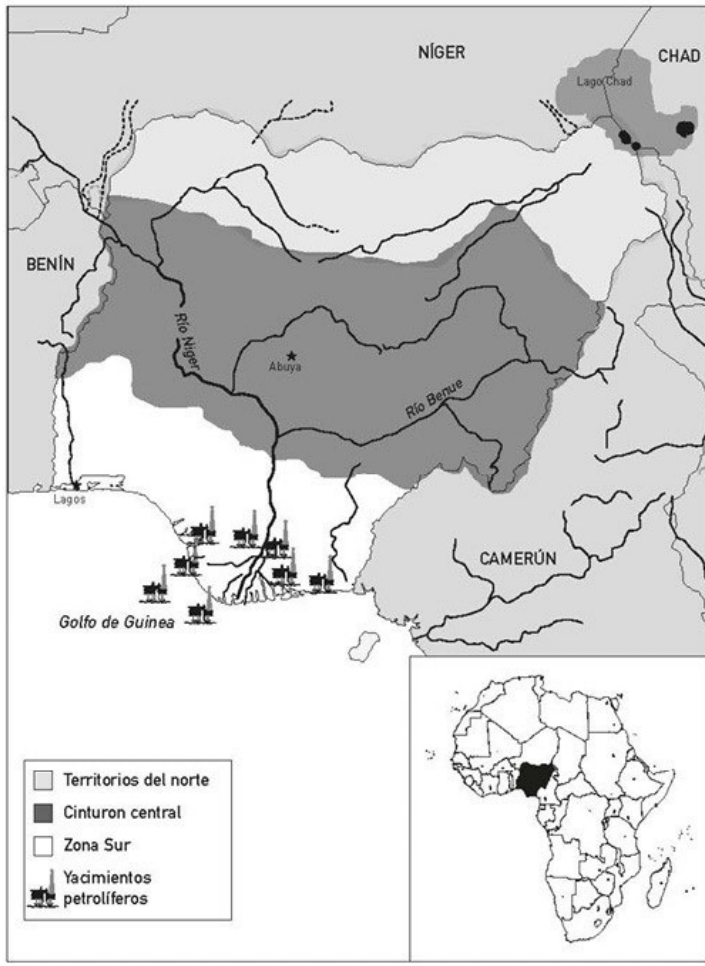
Beegeagle's Blog, https://beegeagle.wordpress.com

GESI, Grupo de Estudios en Seguridad Internacional, http://www.seguridadinternacional.es

Mapas

MAPA 1

NIGERIA. GEOGRAFÍA FÍSICA Y ECONÓMICA

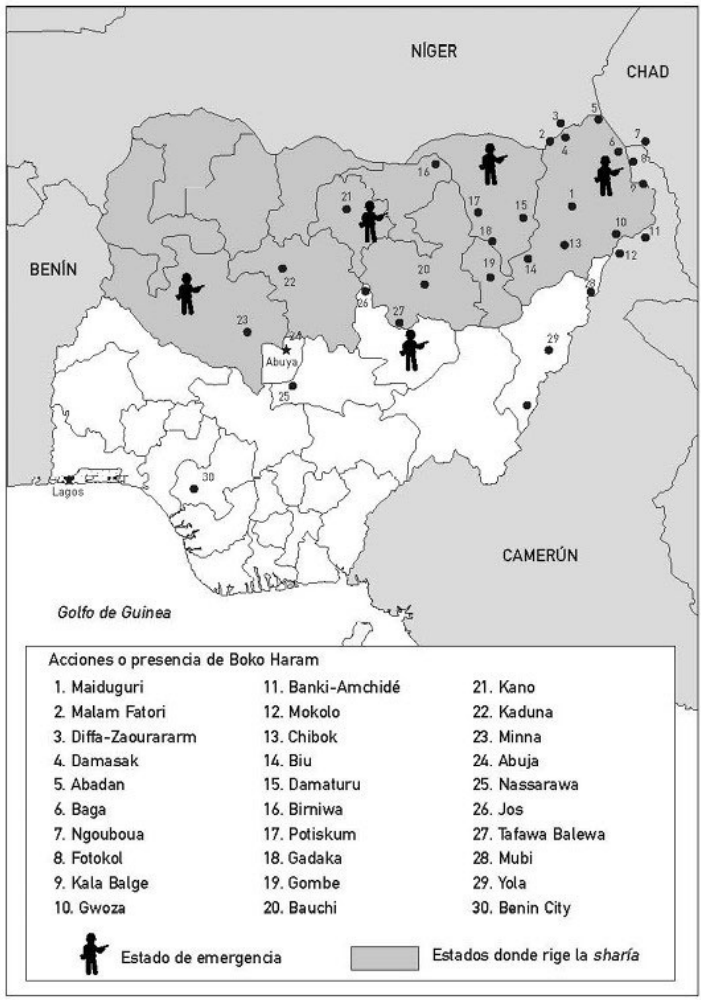


MAPA 2

NIGERIA. GEOGRAFÍA POLÍTICA: ESTADOS Y REGIONES

MAPA 3

EL MUNDO DE BOKO HARAM



NOTAS

1 . Su nombre real sería Abu Muhammad Abubaker Bin Muhammad, pero ni siquiera sobre ese particular hay consenso entre las diferentes fuentes que estudian la historia del grupo. De hecho, tras haber anunciado en tres ocasiones que había sido eliminado por las fuerzas nigerianas (la primera de ellas en julio de 2009, cuando también fue eliminado el fundador, Mohamed Yusuf, y la última en julio de 2013, en la localidad camerunesa de Amchide), se ha ido asentando la idea de que Abubaker Shekau bien podría no ser más que el nombre de guerra que los sucesivos líderes del grupo adoptan al suceder al anterior.

2 . A lo largo del texto se emplean diversos nombres y palabras transcritas del árabe a diversos idiomas occidentales, sin ajustarse a una misma regla, lo que imposibilita establecer una línea de interpretación común. Dicho sea esto a modo de obligada excusa por parte del autor por los errores que se puedan cometer en algunos casos.

3 . Conocido también impropiamente como Estado Islámico (Al-Dawla Al-Islamiyya).

4 . Dominado finalmente por los británicos, de la mano de lord Lugard en 1903.

5 . Jama'at Izalat al-Bid'a wa Iqamat as-Sunna (Sociedad para la Innovación y Restablecimiento de la Sunna).

6 . Aunque inicialmente rechazó reconocer el Estado de Nigeria y adoptó una estrategia de oposición violenta, finalmente, en 1999, terminó por abandonar las armas y por integrarse de hecho en el Gobierno federal.

7 . Aunque otras fuentes lo vinculan inicialmente con el Movimiento Islámico de Nigeria.

8 . Con unas 1.000 películas de media al año la industria cinematográfica nigeriana —conocida como Nollywood— solo es superada a nivel mundial por Bollywood. En muy pocos años se ha convertido en el segundo empleador sectorial del país (tras la agricultura) y la cuarta actividad económica en términos de aportación al producto interior bruto (oscilando entre el cinco y el 10 por ciento).

9 . Se estima que en 1900 el territorio de lo que hoy llamamos Nigeria estaba habitado por un 26 por ciento de musulmanes, tan solo un uno por ciento de cristianos y el resto adscrito a las religiosas animistas tradicionales en la zona.

10 . Nacido como un proyecto de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA) de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), con el nombre de Integrated Regional Information Networks (Redes Integradas de Información Internacional, IRIN), desde el 1 de enero de 2015 ha pasado a independizarse, actuando como una agencia de noticias sobre asuntos humanitarios en escenarios escasamente recogidos en los medios de comunicación generalistas.

11 . En su acepción literal, yihad es palabra de género masculino y significa “esfuerzo” por defender y vivir de acuerdo a los principios del islam y no tiene necesariamente una connotación violenta. La tradición islámica distingue entre el gran yihad, que es un trabajo de purificación interior que debe hacer el musulmán frente a las malas inclinaciones y las tentaciones, y el pequeño yihad, que es la defensa de la comunidad musulmana frente a los ataques de sus enemigos, de donde ha derivado la asimilación de este concepto con el de “guerra santa”.

12 . Cabe entender boko como una deformación localista de la palabra inglesa book (“libro”). Sin embargo, ese alineamiento anti boko no debe entenderse necesariamente como una vía violenta. Así, cabe recordar la existencia de grupos como Dar al-Islam (Casa del Islam), que prefirió seguir una vía de retiro, estableciendo una comuna autónoma en el Estado de Níger.

13 . Haram significa “prohibido” en árabe y, por tanto, hay que entender Boko Haram como un nombre que expresa la intención de prohibir todo lo relacionado con modelos occidentales de educación y de organización social, política y económica —vistos como culpables de la mala situación que caracteriza a los musulmanes del norte de Nigeria— y de condenar esas referencias (pero también las propagadas por el islam oficial) como fraudulentas.

14 . Salaf es un término que identifica a los precursores o ancestros del primer ejemplo de aplicación concreta de las enseñanzas de Mahoma. Hoy hace referencia a grupos suníes que pretenden volver a las raíces, limpiando el islam de lo que interpretan como desviaciones producidas desde su origen mediante la aplicación literal de la sharía. Conviene insistir en que no todo el salafismo es, por definición, violento.

15 . Muhammad ibn Abdul Wahab fue un predicador musulmán suní que, en el siglo XVIII de la era cristiana, propugnó el regreso a la pureza del islam, entroncando de ese modo con el salafismo que ya había tenido representantes tan notorios como el propio Ibn Taimiyya. Desde aquellos tiempos, a través del llamado Pacto de Dariya, constituye una de las piezas centrales del dominio de la dinastía Saud en lo que hoy conocemos como Arabia Saudí.

16 . Diferentes fuentes lo identifican como uno de los principales promotores de la emergencia de Boko Haram, como un instrumento radical de su campaña electoral, sobre el que posteriormente perdió el control.

17 . De los 9,5 millones de niños de la calle que había en Nigeria en 2010, un 80 por ciento se concentraba en los estados del norte. Estos niños responden a una larga tradición local, por la que las familias que no pueden atender a todos sus hijos los envían a estudiar y vivir a un centro regulado por un maestro coránico. Las pésimas condiciones de vida de esos niños, que malviven de la mendicidad, los hace presa fácil de la radicalización.

18 . Los “emigrantes”, en referencia a los adeptos de Mahoma que emigraron con él de la Meca a Medina en el arranque del islam.

19 . Ya en 2006 se habían producido asesinatos de cristianos a manos de Boko Haram, como respuesta a las caricaturas de Mahoma publicadas por un periódico danés.

20 . Ya en 2009 Abdelmalek Droukdel, líder entonces de esa franquicia de Al-Qaeda, mostró su disposición a defender a los musulmanes de Nigeria.

21 . Identificado en general como un grupo ligado a Al-Qaeda, parece concentrado especialmente en Somalia, con acciones que le han permitido en ocasiones controlar una buena parte del territorio del sur del país y llevar a cabo acciones violentas en la propia capital nacional, Mogadiscio. Aunque hoy ha perdido sus feudos principales (con la colaboración militar combinada sobre el terreno de Etiopía y Kenia y el apoyo aéreo y de inteligencia estadounidense), mantiene una reconocida capacidad operativa, como lo demuestra el ataque del 2 de abril de 2015 a la universidad de Garissa, en Kenia, con el resultado de 147 víctimas mortales.

22 . Se trata de un grupo yihadista escindido de Al-Qaeda en el Magreb Islámico en 2011, con el claro objetivo de promover la yihad en el África Occidental. Desde entonces ha ido incrementando su perfil violento, pasando del secuestro de tres cooperantes humanitarios en octubre de 2011, en los campamentos saharauis de Tinduf, a participar en la rebelión tuareg en el Azawad maliense en 2012, especialmente en la toma de Gao y en posteriores secuestros de ciudadanos occidentales. Aunque hoy parece encontrarse en horas bajas, mantiene su voluntad de seguir adelante con su apuesta violenta.

23 . Conocido también en castellano como azaque, hace referencia al tercer mandato impuesto a todo musulmán, que implica entregar una parte de las riquezas personales para la asistencia a los más desfavorecidos de la comunidad a la que pertenezca. Al igual que ocurre en otros países, buena parte de esos fondos se dirigen a las organizaciones que se mueven al margen del criticado islam oficial.

24 . Fundada en 1972 con claro apoyo del régimen libio de Muamar el Gadafi.

25 . Fundada en 1986 con capital saudí, interesado en la propagación del wahabismo en África.

26 . Todavía en 2011 un medio del prestigio del International Institute for Strategic Studies (Instituto Internacional de Estudios Estratégicos) solo se atrevía a estimar sus efectivos en “unos 300” (“Boko Haram: Nigeria’s Growing New Headache”, Strategic Comment, vol. 17, comment 42, noviembre de 2011). Una cifra a todas luces desfasada al compararla con acciones puntuales desarrolladas por el grupo en años posteriores que han implicado a más de 500 combatientes.

27 . Poniendo fin de modo tan abrupto a la idea de no atacar objetivos internacionales.

28 . En el interesado maremágnum creado por los promotores de la “guerra contra el terror” se ha procurado incluso confundir los términos que designan diferentes realidades, con la evidente intención de identificar al islam en su totalidad como el nuevo enemigo a batir a escala planetaria. Así, se ha pretendido que islamista —que es estrictamente un concepto que solo define al creyente en la fe musulmana, sin ninguna connotación política y, menos aún, violenta—, islamismo político, radical o reformista —que designa a grupos que pretenden conquistar el poder en sus propios territorios para imponer la sharía como norma central de la vida nacional, pero sin conexión con la violencia terrorista— y terrorismo yihadista —que es una opción abiertamente violenta para imponer unas ideas— sean la misma cosa. Dicho en otros términos a modo de ejemplos destacados: el entonces monarca marroquí, Hasan II, se declaraba el primer islamista del reino, por su condición de líder de la comunidad de creyentes musulmanes de Marruecos; los Hermanos Musulmanes egipcios son una organización islamista radical (al margen de que el régimen golpista liderado por Abdelfatah al-Sisi lo haya declarado entidad terrorista); y Al-Qaeda es una red terrorista yihadista. Puede haber,

obviamente, vínculos de distinta intensidad entre los tres ámbitos mencionados, pero interesa deslindarlos no solo a efectos didácticos, sino también operativos, cuando se trata de diseñar respuestas adecuadas para los problemas que puedan plantear unos y otros.

29 . Entendiendo que la primera corresponde a la creación de los Hermanos Musulmanes por parte de Hasan al-Banna (Egipto, 1928) en clave abiertamente anticolonial, intentando no solo expulsar a los colonizadores europeos de tierras árabes y evitar que las elites tradicionales terminaran por acaparar el poder de los nuevos Estados independientes, sino también imponer la sharía como norma central en todos los ámbitos de la vida nacional de esos nuevos países.

30 . El ataque simultáneo a tres mezquitas frecuentadas por huzíes, el pasado 20 de marzo de 2015 en la capital y una localidad del norte, con unos 150 muertos y más de 350 heridos, es una buena muestra de la brutal irrupción de Daesh en tierras yemeníes, como uno más de los escenarios de competición entre yihadistas.

31 . Un mensaje que posteriormente se volvió a repetir tras la victoria de Hamas en las elecciones legislativas celebradas el 25 de enero de 2006 en el Territorio Palestino Ocupado y, en junio de 2012, tras la victoria en las presidenciales egipcias de Mohamed Morsi al frente de la candidatura del partido Justicia y Libertad, marca partidista de los Hermanos Musulmanes.

32 . Estados Unidos ya ofrece siete millones de dólares por información fiable para su captura.

33 . Cabe decir, en cualquier caso, que ni siquiera hay una cifra

precisa del número de alumnas secuestradas.

34 . El gobierno de Abuya optó inicialmente por negar que algo así se hubiera producido (hasta el punto de que incluso el presidente Goodluck Jonathan, en su declaración de condena por los atentados de París ni siquiera mencionó que algo hubiera ocurrido en Baga y alrededores). Posteriormente, el Ministerio de Defensa trató de convencer a la opinión pública de que los muertos no habían superado los 150.

35 . Igualmente se retrasaron las elecciones legislativas, que debían designar a los senadores y a los gobernadores de los 36 estados federados, pasando del 28 de febrero al 11 de abril. Los resultados finales de dichos comicios han reforzado el poder del All Progressives Congress al otorgarle el gobierno en 25 de los 36 estados.

36 . Datos de The Military Balance 2015, IISS, Routledge.

37 . A la reunión también asistieron representantes de Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Europea.

38 . Infobae, 17 de mayo de 2014.

39 . Estados Unidos y Gran Bretaña tan solo designaron a Boko Haram y a Ansaru como organizaciones terroristas en noviembre de 2013. La ONU, por su parte, todavía esperó a 2014 para identificar al primero como un grupo afiliado a la red Al-Qaeda.

40 . Liderada por Estados Unidos (US AFRICOM), y con la participación de militares de otros ejércitos europeos y de Canadá, está centrada en la región sahelo-sahariana con el objetivo de potenciar las capacidades de las fuerzas de seguridad y los ejércitos de la zona para hacer frente a la amenaza terrorista y a los comercios ilícitos que se registran en esos territorios, al considerar que sirven para financiar a grupos armados. Es, de hecho, la continuación de un programa anterior, Pan Sahel Initiative (Iniciativa Pansahel, cerrada en 2004), que tenía la misma finalidad. Además del componente militar cuenta con un componente civil, que incluye cooperación al desarrollo (USAID). Los países integrados en el programa son: Argelia, Burkina Faso, Chad, Malí, Marruecos, Mauritania, Níger, Nigeria, Senegal y Túnez.

41 . Se añaden también medios desplegados temporalmente en Madama (Níger), Tessalit (Malí) y norte de Chad.

42 . A modo de ejemplo reciente, el 19 de abril de 2015 se produjo un choque en el estado de Benue (parte del cinturón central) entre miembros de las comunidades ologba y egba, con el resultado de al menos 23 muertos. En este caso la razón del enfrentamiento fue una disputa por los derechos de pesca; pero la comunidad egba también acusaba a la ologba de haber dejado atravesar su territorio a los jinetes fulanis que un mes antes habían matado a 82 de los suyos.

43 . Tras la estela de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), en diciembre de 2005 el banco de inversiones Goldman Sachs acuñó ese término (también conocido como N-11) para llamar la atención sobre Bangladés, Corea del Sur, Egipto, Filipinas, Indonesia, Irán, México, Nigeria, Pakistán, Turquía y Vietnam, como las economías con un futuro más esplendoroso y como destinos preferentes de la inversión internacional.